

SUR

REVISTA MENSUAL

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE
VICTORIA OCAMPO

NOVIEMBRE DE 1937

AÑO VII

BUENOS AIRES

S U M A R I O

B E R N A R D S H A W
SOVIETISMO

G A B R I E L A M I S T R A L
D I A

J O S E O R T E G A Y G A S S E T
I C T I O S A U R O S Y E D I T O R E S
C L A N D E S T I N O S . U R G E N C I A D E
U N A R E C T I F I C A C I O N M O R A L

B E N J A M I N F O N D A N E
E L P O E T A Y E L E S Q U I Z O F R E N I C O
L A C O N C I E N C I A V E R G O N Z O S A
D E L P O E T A (I I)

S I L V I N A O C A M P O
E L C U A D E R N O

N O T A S

Victoria Ocampo: Plagas. La langosta y los "gangsters" de las ediciones clandestinas. — LETRAS HISPANOAMERICANAS —

B. Canal Feijóo: "Historia de una pasión argentina" — CUESTIONES CIENTIFICAS DE NUESTRO TIEMPO —

José Babini: Nuevos derroteros — *I. U:* "Asuntos humanos". — CRITICA DE ARTE — *Attilio*

Rossi: Las exposiciones del mes. — CINE

Jorge Luis Borges: "De regreso". —

Ivy Herczegh Konjovich: La "Sinfonía Argentina" de Juan

José Castro. — CA-

LENDARIO —

(Revista de
temas del
mes.)

S O V I E T I S M O

EN los últimos años ha ocurrido un acontecimiento extraordinario que ha sometido las teorías sociales a una severa prueba práctica. El mayor de los Estados particulares del mundo, cuya extensión cubre una sexta parte de la superficie de la tierra, y cuya creciente población sobrepasa los 175 millones, ha abandonado el capitalismo, adoptando el comunismo como su política y su principio. Su profeta es Carlos Marx, cuyas obras fueron sus libros de texto y sus evangelios.

Los primeros resultados fueron espantosos. El cambio se produjo en 1917; y hacia 1920 la situación del antiguo Imperio Ruso, ahora llamado U. R. S. S. (Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas), era tan desesperada que parecía ser una advertencia para el mundo entero contra la supuesta maldad e imposibilidad del socialismo. Con todo, ahora, casi veinte años después, Rusia es para todo el mundo un ejemplo de la enorme superioridad del socialismo sobre el capitalismo, económica, social y políticamente considerados. Y esto, no por la buena administración y la capacidad gubernativa de sus muy hábiles y austeros dirigentes, sino a pesar de

todos los errores que su inexperiencia podía cometer y de todas las locuras a que podía inducirlos su idealismo carente de técnica. La ineptitud de ellos parece más desastrosa de lo que fué porque en vez de ocultar sus errores y engañar al pueblo según la práctica capitalista, fueron sus propios críticos, y de los más sarcásticos y vociferadores; y no bien habían descubierto esos errores gritaban la noticia desde cada altavoz del país, y cambiaban de orientación o daban máquina atrás con una presteza inconcebible por parte de la Cámara de los Comunes, la que se habría tomado un número de años mucho mayor para realizar cambios menores y al final sólo fingiría haberlos realizado.

En parte fué culpa de ellos, por idolatrar a Carlos Marx y despreciar a sus sucesores fabianos como burgueses. Gran inadvertencia esta última, desde que ellos eran en su mayoría burgueses. Marx se halla entre los profetas, tal vez entre los más grandes; pero los profetas no son los mejores guías en el arte de manejar un negocio. Mahoma fué un poderoso profeta; pero cuando tuvo que hacer un calendario dividió el año en doce meses lunares, resultando que las caravanas de verano salían en pleno invierno, porque el tiempo se rehusaba, blasfema y sediciosamente, a conformarse a su calendario. Al ser consultado sobre la utilidad de las montañas explicó que eran grandes pesas colocadas por Dios sobre la tierra para evitar que ésta fuera aventada lejos de su sitio.

Jesús fué otro gran profeta; pero sus apóstoles anduvieron mal con Ananías y Saphira, lo mismo que él con Judas Iscariote. Roberto Owen, con su profética visión de un nuevo mundo moral,

fué un experimentado y muy feliz hombre de negocios que había hecho fortuna como filantrópico propietario de un molino; con todo, la bolsa de trabajo y las colonias socialistas con que él y sus continuadores trataron de sustituir al capitalismo en su peor aspecto, fueron un fracaso.

El más íntimo amigo de Carlos Marx fué Federico Engels, quien ocupa en la veneración rusa un lugar apenas inferior al de aquél; y Engels tuvo en Manchester una fábrica cuyo éxito bastó por lo menos para sostener a la familia Marx y al mismo Engels. Los dos fueron autores en colaboración del famoso Manifiesto Comunista, una de las más trascendentales de nuestras modernas Escrituras. Ambos calificaron a Owen de “socialista acientífico”, lo que era exacto en realidad; pero no advirtieron cuán poco científicos eran ellos mismos.

Ya sabemos de cuán vital importancia es que un gobierno, por convencido que esté de los males de la propiedad privada y de las abusivas ganancias de las empresas particulares, no confisque la primera ni pare las segundas hasta no hallarse listo para seguir adelante y dar trabajo a todos los implicados en el asunto sin disminuir su productividad un sólo momento. Si no, el resultado no sería otro que la desocupación y el empobrecimiento nacional.

Especial cuidado deben merecer los directores. La industria moderna es realizada por equipos de trabajadores que pueden trabajar siempre que se les diga lo que tienen que hacer y se les provea de materias primas, máquinas y fábricas. Ella requiere no sólo este equipo de trabajadores dirigidos, sino también un equipo

organizador y oficinesco, que comprenda desde los dactilógrafos y los capataces comunes hasta los matemáticos y químicos de gran competencia científica. La "mano de obra", como se la llama, es en una fábrica lo que la tripulación de un buque en alta mar; no puede elegir ruta si no tiene un capitán y oficiales capaces de utilizar los instrumentos matemáticos y de hacer observaciones astronómicas. Cuando estas personas deben usar sus excepcionales poderes por cuenta de los terratenientes y explotadores, tratan al trabajador cuya tarea dirigen como a miembro de una clase inferior, a veces con despiadada crueldad y casi siempre con mayor o menor insolencia. Por consiguiente, después de una revolución triunfante es fuerte la tentación de arrojarlos a la calle como a enemigos del pueblo. Los curas que han sido tiránicos o mundanos corren el mismo riesgo. Pero a menos de tener sustitutos capaces de seguir adelante, el gobierno revolucionario debe resistir a la tentación. Si la tripulación de un barco se amotina en alta mar y mata a sus oficiales el barco navegará a la deriva hasta que tanto la tripulación como el barco perezcan de hambre, o por un naufragio, o las dos cosas. Una chacra de cinco mil acres puede ser explotada con éxito por un chacarero muy competente, o tal vez por su esposa. Si es eliminado por una revolución de sus trabajadores, puede tenerlo merecido por su codicia y su crueldad; pero la chacra se volverá tierra inculta en un plazo sorprendentemente breve, y los trabajadores perderán sus empleos.

Hay otra consideración que los gobiernos no deben perder de vista. Cuando un gobierno paga a una persona para que sirva al

público de cierta manera, esa persona postergará o descuidará, si le es posible, el cumplimiento de su tarea hasta que el público le pague por segunda vez con una propina de cualquier especie. Desde los escasos peniques arrancados por un cuidador de parque a los jugadores de football, hasta los centenares o miles de libras que un pagador general de ministerio puede sacarle a un contratista apurado por cobrar su dinero, esta especie de corrupción es tan inveterada en los hombres educados bajo el régimen capitalista que de los funcionarios públicos en ciertos Estados se dice comúnmente que cada uno de ellos vive de robar el salario de su más inmediato subordinado, quien hace lo mismo hasta que la corrupción alcanza a aquellos que no tienen subordinados y están en contacto directo con el público.

Y, por último, hay la tradición de que un empleo de gobierno es una sinecura, y de que quien lo desempeña puede impunemente ser de una grosera insolencia con el público y no hacer, hasta donde le sea posible, nada a cambio de su salario.

El zarismo fué abolido en Rusia en 1917 por una revolución liberal que lo sustituyó por el gobierno parlamentario. Como de costumbre, esto abrió las esclusas de la oratoria sin hacer que las cosas mejoraran en lo mínimo. Rusia es un país de campesinos; y estos campesinos habían sido llevados al ejército para combatir en la guerra de 1914-18 como auxiliares de Francia y de Inglaterra, donde hablábamos de ellos como del "rodillo ruso". Hacia 1917 todo el entusiasmo nacional que es tan eficaz en la primera marcha al frente se había evaporado. La conscripción de voluntarios ha-

bía fracasado en Inglaterra; y hubo que obligar a los hombres a ir a las trincheras estableciendo el servicio militar obligatorio. Los conscriptos británicos estaban perfectamente equipados y alimentados con regularidad mucho mayor que muchos de ellos lo estuvieran antes, mientras sus esposas tenían pensiones que les hacían la vida más fácil de lo que había sido para ellas en tiempos de paz. Toda la fuerza de la bancarrota en que la guerra había sumido al mundo no se sintió hasta once años después del armisticio, aunque en 1920 se tuvo un antegusto de ella. Pero los soldados rusos no tuvieron la misma suerte. Muchos de ellos no estaban armados ni equipados; casi todos ellos pasaban más o menos hambre. La guerra era para ellos incomprensible: lo único que sabían era que había empezado por el asesinato de un archiduque extranjero en Bosnia, la que para ellos no era nada. Hacia 1917 estaban siendo derrotados y masacrados en todas direcciones por el bien organizado ejército alemán. Desesperados, desertaron en gran número, y por último hicieron de tripas corazón para organizarse en comités y sobreponerse o controlar a sus oficiales. Pero como los comités no podían hacer nada para evitar las derrotas y el hambre, los soldados rebeldes acabaron por volver sencillamente a sus chacras cuando las tenían, o al trabajo agrícola cuando lo podían hallar, pero en su mayoría a llenar las calles de Petrogrado con hordas de desocupados sin disciplina que clamaban por la paz a cualquier precio y por tierra a toda costa.

Entretanto el nuevo gobierno liberal hablaba y hablaba y seguía con la guerra como si nada hubiese ocurrido. En esas cir-

cunstancias el gobierno alemán, con el objeto de poner al gobierno ruso, en la mayor confusión posible, soltó sobre Rusia a cierto comunista de la escuela de Marx conocido por Lenin, que resultó no ser un simple agitador sino el mayor estadista de su tiempo. Lenin prometió la paz a los soldados de tierra y de mar, y fué inmediatamente el ídolo del ejército y de la marina. A los campesinos, que en su mayoría eran los mismos soldados, les prometió tierra. Y respaldado por esas fuerzas, y con un poco de suerte consistente sobre todo en la fuerza de sus adversarios, los parlamentarios liberales encabezados por un notable orador llamado Kerensky, barrió el gobierno kerenskista, eliminándolo primero de la existencia oficial y luego del país. Cumplió su primera promesa haciendo la paz con Alemania en Brest-Litovski a costa de la entrega de la Polonia rusa y de las provincias bálticas a establecerse como repúblicas independientes, y de ser furiosamente denunciado por los aliados — aun por los más revolucionarios socialistas de entre ellos — como un desertor que se había vendido al común enemigo de Europa, que entonces se suponía ser los Imperios germánicos de la Europa central.

Ahora obsérvese por favor la situación difícil en que esa política dejaba a Lenin y a su pequeño grupo de comunistas de la escuela de Marx. A ellos no les importaba nada fuera del comunismo; sin embargo habían sido elevados al poder por los campesinos y los soldados y los marineros que no sabían de comunismo más que de matemáticas, y cuyas exigencias no eran sólo de paz (la que en un sentido o en otro nada tiene que ver con el comunis-

mo), sino de propiedad campesina, que es la forma más intensa y mojigata de la fundamental propiedad privada. Fué con esta clase de apoyo popular con la cual un puñado de hombres (una sola mujer había en sus consejos oficiales) consiguió imponer a Rusia el mayor ejército del mundo y un sistema agrícola en que el trabajo colectivo es la parte principal de la rutina de un trabajador de la tierra. Hasta los más impermeables e incorregibles entre los viejos mujicks han visto a sus hijos criados y alimentados y educados como personas muy diferentes a ellos mismos, y en realidad tan incapaces de vivir al estilo de ellos como un caballo de polo o de carrera en un chiquero.

Pero el proceso de ensayos y errores por el cual se llegó a ese resultado, aunque mucho más breve y suave que el proceso por el cual Inglaterra fué reducida a un estado famélico con la aceptación del desarrollo capitalista de la industria maquinista moderna, fué bastante malo. Durante años, verdaderas hordas de niños perdidos y abandonados, frutos de la guerra, vagaban por Rusia en pequeñas pandillas, mendigando y robando, siguiendo las estaciones como aves migratorias, durmiendo en las noches de invierno en las máquinas con que las calles habían sido asfaltadas durante el día, pero siempre, según parece, repartiéndose el botín con toda buena fe, por partes iguales entre los más grandes y los más pequeños. Los ministros de instrucción pública eran infatigables en sus esfuerzos por prender y reclamar a esos pilluelos que, al ser tomados, volvían a escapar una y otra vez antes que se les pudiera persuadir que la vida disciplinada es realmente más libre y más feliz

que la vida salvaje. Aun cuando eran habidos seguían siendo nómades y había que darles trabajo ambulante. Eran llenos de iniciativa; y algunos de ellos se elevaron a puestos públicos. Pero éstos sólo fueron los sobrevivientes de miles que han de haber perecido miserablemente de enfermedades, frío y hambre.

Actualmente no hay un solo niño hambriento en la región totalmente soviética de Rusia, ni tampoco uno harapiento, ni uno que no reciba toda la educación que es capaz de recibir. Lenin sabía que el comunismo tenía que depender finalmente de una generación tal como el mundo jamás la conociera antes; y bajo el régimen establecido por él, aunque los adultos debieron al principio ajustarse el cinturón y trabajar duro y parejo comiendo un plato diario de sopa de repollos con un pedazo de pan negro (alimento nutritivo, pero monótono y apenas suficiente: de hecho los rusos vivían de esperanza tanto como de su sencilla comida), los niños eran alimentados como señores y educados sin mirar los gastos. El resultado es que por la comparación de estadísticas recientes con las que existían del tiempo del zarismo, los chicos y las chicas de dieciséis, criados bajo el comunismo son ahora dos pulgadas más altos y cuatro libras más pesados que los niños de la misma edad nacidos en los malos tiempos de antaño.

Mientras escribo estas líneas los maestros de escuela que dan conferencias están haciendo terribles descripciones de la situación de los chicos a los que deben enseñar en regiones pobres, en escuelas sin calefacción, miserablemente desnutridos,* y cuyos cuerpecitos exhiben todas las características del hambre. Pero nuestros gran-

des diarios no se inquietan por lo que dicen los maestros ni por las protestas que se producen en el Parlamento, y en cambio difunden modosamente la creencia de que los rusos están aplastados bajo una horrible esclavitud mientras los ingleses son libres y prósperos porque las exportaciones aumentaron en un dos por ciento la última semana.

Sin embargo, yo preferiría hablar de los errores de los bolcheviques; pues si no pasamos al sistema ruso (a lo cual nos han de obligar las circunstancias si queremos salvar nuestra civilización), a menos de explorar nuestro terreno a la luz de la experiencia soviética, caeremos precisamente en los mismos errores y disparates que cometieron los rusos bajo la dirección de sus mandatarios más abnegados y capaces. Haremos cosas peores; porque los bolcheviques habían leído a Marx y sabían lo que hacían aunque ignoraban el modo de hacerlo, mientras nuestros dirigentes serían, con toda probabilidad, políticos oportunistas que jamás habían leído nada y que irían al azar de una dificultad en otra, recalcitrantes y en completo azoramiento hasta ser arrojados del poder por equipos de refresco formados por entusiastas que cometerían todos los errores marxistas en vez de los errores de la vieja escuela.

En primer lugar, pues, sabiendo los bolcheviques por Marx que el comercio privado y lucrativo debía abolirse, arrojaron de sus tiendas a los comerciantes como Jesús arrojó a los mercaderes del Templo, confiscándoles sus mercaderías, que fueron amontonadas en el Kremlin. Cuando la escultora Clara Sheridan fué un invierno a Moscú en motocicleta para hacer bustos de Lenin y de sus

colegas, él la obsequió con un tapado de pieles perteneciente a la montaña de los despojos del comercio privado. En consecuencia no había en Moscú tiendas abiertas; ni había tampoco calles, si por calle se entiende un camino pavimentado. Claro está que la gente debía comprar y vender; así se estaban en las calles y plazas de feria, donde las damas de la nobleza pregonaban sus joyas en medio del arroyo con los otros buhoneros para luego volver a sus casas que ahora debían compartir con proletarios a quienes poco les importaba dormir de a diez en una habitación si esta era bastante grande para albergarlos. Y como la casa ya no tenía propietario responsable que reparara sus deterioros su estado se volvía pronto deplorable. Los ascensores dejaron de funcionar; la luz eléctrica dejó de alumbrar; las condiciones sanitarias eran indescriptibles. Mr. H. G. Wells visitó las capitales rusas hacia esa época; y su descripción, como las de Clara Sheridan y otros, nos muestran lo poco que vieron (pues su alojamiento y su servicio fueron lo mejor que la autoridad pudo hacer por ellos), y los dejó sin ilusiones sobre lo que debían conjeturar. A mí mismo me fué ofrecida una misión muy bonita por Mr. William Randolph Hearst para ir a Rusia y describir lo que allí hubiera que ver; pero rehusé porque sabía demasiado bien que aquello que podría ver sería el capitalismo en ruinas y no el comunismo *in excelsis*. Hasta 1931 no visité yo la U. R. S. S.; y hacia esa época la corriente había cambiado. Durante diez días viví y viajé con perfecto confort (fuí tratado como si yo fuera el propio Marx) y no hallé horrores tales como los que habría podido hallar en las regiones miserables y los su-

burbios del occidente capitalista, aunque el gobierno soviético estaba todavía descubriendo sus propios errores.

Afortunadamente los errores no se ocultan en Rusia: son atacados y corregidos con vigor sin componendas; porque no hay allí grandes inversiones de intereses capitalistas. Después de unos pocos años de ruina y confusión indescriptibles durante los cuales, sin embargo, jamás cesó Rusia de alentar a sus trabajadores con una esperanza y una consideración que contrastan fuertemente con la torpe resignación o la desesperación cínica de los antiguos proletarios del capitalismo, Lenin dijo públicamente a sus colegas que no obstante ser sus principios revolucionarios dignos de una alabanza que jamás sería excesiva ellos sabían del manejo práctico de los negocios públicos menos que un peoncito de oficina capitalista. Estaba aprendiendo de una amarga experiencia lo que pudo aprender de los fabianos ingleses si éstos hubiesen sido incluídos en el canon marxista en lugar de ser puestos en el Index como pequeños burgueses: es a saber, que no se debe suprimir el provecho privado hasta no haber independizado de él a la nación por el comercio público. Tuvo que anunciar la famosa N. E. P. o Nueva Economía Política, por la cual los mercaderes particulares fueron autorizados a seguir adelante hasta nuevo aviso y ser en adelante oprobiosamente conocido como el hombre de la N.E.P. Hubo gran alegría en los países capitalistas a raíz de esa medida, que fué considerada como una bancarrota del comunismo y un retorno al capitalismo.

Antes de esto, cuando la situación fué la peor, las potencias capitalistas, que persistían en fingir que el derrocado Parlamento

liberal era el legítimo gobierno ruso y el soviet un nido de piratas, intentaron restaurar en Rusia el capitalismo armando y financiando una insurrección monárquica. Inglaterra encabezó la lista de los suscriptores con cien millones sobrantes de los créditos que el Parlamento había votado para la guerra europea y que Mr. Winston Churchill, a la sazón secretario de Estado en el departamento de la guerra, entregó con la plena convicción de tener el decidido apoyo de todo buen ciudadano británico. No me cabe duda de que fué sorprendido por el movimiento iniciado con el lema de "Fuera las manos de Rusia", movimiento que le advirtió no ser su furia anti-roja compartida por todo el electorado. Una guerra franca contra Rusia, o de hecho contra cualquier país, no era posible; las potencias estaban demasiado exhaustas por sus esfuerzos de 1914-18 para empezar de nuevo. Lo que podían hacer, e hicieron, fué apoyar una serie de incursiones monárquicas en Rusia dirigidas por generales y almirantes del antiguo régimen. Al pronto pareció como si el Soviet fuese a caer. Después de la toma de Kazan por los invasores (lo que se llamó el Ejército Blanco) la situación de los bolcheviques parecía desesperada. La toma de Petersburgo (absurdamente bautizada de nuevo como Leningrado, pero aún designada por su antiguo y legítimo nombre) pareció en cierto momento inminente. Con todo, a los dos años los invasores estaban completamente derrotados; el victorioso Ejército Rojo vestía las botas y el khaki británicos, y blandía las armas británicas que Mr. Churchill había destinado para su destrucción. Para entender cómo ocurrió esto debemos volver al problema de la tierra.

Cuando Lenin llegó al poder con su promesa de paz y tierra para los campesinos y soldados, dió la paz rindiéndose a discreción al ejército alemán y retirándose de la guerra. Pero el problema de la tierra era un hueso más duro de pelar. Fácil era decir “la tierra está nacionalizada: tomadla y si es necesario colgad a los terratenientes: el Soviet hará la vista gorda”. Los campesinos echaron a los terratenientes de sus propiedades o los mataron, y saquearon o incendiaron sus casas de campo. Formaron soviets; se repartieron la tierra; y llevaron adelante su vital producción de alimentos. Pero los campesinos son furiosos individualistas; y cuando descubrieron que el gobierno central esperaba de ellos que contribuyeran con toda su producción, excepto lo que ellos necesitaban para su propio consumo, al fondo nacional para alimentar a los proletarios urbanos que ellos despreciaban y odiaban, rehusaron sencillamente producir más de lo que necesitaban para sí, y prefirieron sacrificar sus animales antes que se los confiscaran por contribuciones atrasadas. Las tentativas de coerción resultaron imposibles; pues el argumento final de la policía de Moscú (la expulsión, la condena a trabajar en las minas, la “liquidación” o sea los fusilamientos) todo era matar la gallina de los huevos de oro cuando los huevos eran todavía muy escasos y los ejércitos debían ser alimentados para combatir la contrarrevolución.

Mas por impermeables que fueran los campesinos a los principios marxistas había un terror que nunca los abandonaba: el de que los antiguos terratenientes pudiesen volver a oprimirlos. Uno de los misterios que todavía intriga a los grandes espíritus de Moscú

es el modo aparentemente milagroso por el cual la muerte de cualquiera de esos terratenientes zaristas exilados es conocida en las aldeas sobre las cuales dominó antiguamente mucho antes de llegar a oídos del gobierno. Cuando la guerra civil de la contrarrevolución estalló, los campesinos no comprendieron sino que se trataba de una tentativa de los terratenientes para volver. Eso les bastaba. Cuando Trotsky, que había resultado ser un genio militar así como un orador inflamado, pidió reclutas para defender la revolución, las aldeas los enviaron como volcanes en erupción; y la escasez de elementos fué remediada con el despojo de los prisioneros. Trotsky fué el principal director de la campaña: su Ministerio de la Guerra fué un vagón de ferrocarril que ocupó durante dieciocho meses. Los comandantes locales no estaban todos dispuestos a ser simples peones en el tablero ajedrecístico de Trotsky. Stalin señalóse combatiendo contra todo enemigo que se le ponía por delante sin tener en cuenta los planes de Trotsky; y era imposible sustituirlo; pues sus operaciones siempre fueron coronadas por el éxito más brillante. Mas por último Trotsky dijo a Lenin que o él o Stalin debían irse. Lenin consiguió arreglar las cosas; pero el incidente es digno de notarse pues señala el comienzo de la ruptura entre Stalin y Trotsky que empezó con el destierro del segundo y luego produjo las conspiraciones a causa de las cuales algunos de los viejos bolcheviques debieron ser ejecutados; pues los hábitos revolucionarios son difíciles de cambiar; y aún sigue siendo verdad que una de las primeras tareas de una revolución triunfante es deshacerse de los revolucionarios.

La victoria del soviet fué tan completa, pese a desventajas tan desesperadas que no es probable vuelvan a presentarse, que la cruzada capitalista debió ser por el momento abandonada, a no ser bajo la forma de una incruenta campaña de calumnia y difamación cuyo más desdichado incidente fué el robo de la oficina de los colaboradores de Rusia en Londres con el objeto de buscar planes y documentos hostiles que sólo existían en la imaginación de nuestros diplomáticos de la vieja escuela y sus partidarios. Pero la fatiga de Rusia era enorme. Una terrible escasez declaróse en el peor momento en el distrito del Volga. Las potencias no querían prestar a Rusia dinero para proseguir lo que ellas consideraban como una guerra contra ellas mismas; además, la garantía, aunque después resultó ser, por lejos, la mejor de Europa, era entonces creída la peor. La carga de alimentar y educar a la nueva generación (lo primero que se habría sacrificado en un país capitalista) fué cumplida sin desmayos por el soviet como de una importancia mucho más fundamental que la guerra; pero fué una carga tremenda que sumar al costo de la guerra.

Porque esta educación rusa fué un negocio muy costoso. No era, como entre nosotros, simple cosa de encerrar a los niños en cárceles llamadas escuelas, para después de nueve años devolverlos al mundo incapaces de hablar su propio idioma con decencia o de escribir una carta presentable, mientras a unos pocos bien dotados para los estudios académicos se les daban becas y se los enviaba a una de las universidades donde serían arrancados a su clase y formados en la rutina capitalista. Las universidades rusas no podrían

haber admitido ni al uno por ciento de los hirvientes millones de niños rusos aun cuando la rutina universitaria no hubiera sido un obstáculo a la educación de una nación socialista. Las universidades que Rusia necesitaba eran granjas colectivas y politécnicos. Pero las granjas colectivas deben equiparse con innumerables tractores y los politécnicos con laboratorios llenos de costosos aparatos. Estas cosas no podían comprarse sino con dinero que ninguna de las potencias quería prestar. La mayoría de ellas rehusaban el intercambio bajo cualquier forma. Por mangas o por faldas el soviét tuvo que hacerlo todo por sí mismo. Pero nadie sabía en Rusia cómo poner manos a la obra. Las industrias rusas eran muy pequeñas en relación con la enorme extensión del país. Las que existían habían sido perjudicadas por la política o no política (llamada sindicalismo cuando se le da un nombre) de confiscar las fábricas, expulsar a los parásitos, y dejar a aquéllas en manos de los trabajadores que, como lo comprenderán los lectores del capítulo 42, las paralizaron muy pronto hasta que se volvió a traer los antiguos directores con un pretexto o con otro, o el partido comunista halló los nuevos para que los sustituyeran en la tarea del mejor modo posible.

Rusia estaba dotada de una muy insuficiente red ferroviaria. En cuanto se anunció su confiscación la ilusión de que un empleo público es una sinecura empezó a operar. Los jefes de estaciones de campaña empezaron a hacer cebo en un momento en que sus mayores energías se requerían para mantener viva a la población. Su ocioso descuido de órdenes urgentes desesperó a Djerjinsky, el

Ministro de Transportes, quien se encaró personalmente con uno de esos delincuentes, matándolo a él y a su principal empleado. Pero como los ministros tenían que hacer otra cosa que realizar expediciones punitivas aunque la tarea les fuera soportable, hízose necesario organizar una policía especial para los haraganes y los candidatos a las sinecuras. Esto fué la famosa Tcheka, que tomó la tarea de los fusilamientos necesarios. Hoy es un departamento del Scotland Yard ruso; pero en aquellos días su tarea consistía en adquirir y mantener la reputación de ser mucho más terrible de lo que es actualmente.

La Tcheka logró devolver a los empleados públicos un sentido de la responsabilidad. Bajo su seria presión ellos se dieron cuenta de que si descuidaban o saboteaban la obra nacional serían probablemente fusilados, mientras que si en su celo por hacer lo debido cometían un error serían de inmediato degradados y sustituidos por alguien que se suponía persona más competente; de modo que algunos de ellos, paralizados entre el miedo de no hacer nada y el de hacer algo indebido, volviéronse inútiles, a no ser como empleados rutinarios. Pero aunque la Tcheka podía hacer aquello con las pistolas como argumento final, no podía crear los ingenieros y electricistas que se requerían en cantidades sin precedentes.

Con todo, el gobierno entendía gobernar, y estaba muy dispuesto a fusilar a cualquiera que de palabra, de hecho o por escrito lo estorbara. Importó ingenieros americanos eficientes, cuya tarea consistió en mostrar a los empleadores rusos cómo construir, equipar y dirigir fábricas. Bajo la dirección americana fábricas

de acero y de vidrio del tipo más nuevo crecieron como hongos en la Rusia europea y asiática; y se esperó el comienzo de una época de producción de escala colosal.

Desgraciadamente, cuando las fábricas estaban listas, y las casas construídas para los trabajadores, el paso siguiente era llevar a diez mil campesinos agricultores y aun miembros de tribus a trabajar en aquellas. Claro está que lo estropearon todo. Ellos no sabían que una máquina de alta velocidad necesitaba más aceite que una rueda de carreta. Su concepción del montaje de una máquina era desparramar en el suelo todas las piezas y juntarlas del mejor modo posible. Cuando de una esperada producción diaria de cincuenta tractores ellos conseguían producir tres o cuatro, estos tres o cuatro no realizaban ninguna tracción, y los dolores del parto arruinaban la maquinaria. El desperdicio y la ruina fueron indescriptibles. Los ingenieros eficientes se retorcían las manos de desesperación y al ser interrogados por qué sus fábricas no producían nada, informaron crudamente que las condiciones del trabajo eran imposibles.

Pero el gobierno entendía siempre hacer las cosas; y los mismos trabajadores también, aunque no tenían idea de cómo se las podía hacer. Lo único que necesitaban era alguien que les indicara el camino. En consecuencia el gobierno importó belgas, alemanes, ingleses y sobre todo americanos en números suficientes para dar a los nacionales el impulso; y desde entonces la destrucción cesó y las fábricas empezaron a trabajar productivamente. Antes de mucho tiempo trabajaban con equipos dirigentes enteramente ru-

esos de un modo tan corriente como las fábricas de Pitsburgo o Detroit; y estupendas obras se llevaron a cabo con éxito, algunas, de paso, siendo realizadas por criminales confesos que hallaban la tarea más provechosa que nuestros abominables trabajos forzados.

Entretanto los hombres de la N.E.P. ayudaban algo para que las cosas siguieran marchando. Lo mismo que los kulaks. Estos eran los grandes agricultores triunfantes, capaces de dirigir grandes explotaciones con sus complementos de ganado, caballos y trabajadores asalariados. Al principio el gobierno bolchevique había, de acuerdo a la doctrina marxista, expulsado a esos explotadores de sus chacras; con el resultado, claro está, de que esas chacras se arruinaron. Recuerdo muy bien la visita que me hizo una de las hijas de Tolstoi, que había vuelto al floreciente lugarejo de campaña donde había nacido y sido educada, hallándolo convertido en un desierto miserable. Le era difícil perdonarles eso a los bolcheviques; y tenía mucha razón; porque la expulsión de los kulaks, como la confiscación de los negocios, antes que el gobierno estuviese preparado para reemplazarlos, fué un estúpido error antifabiano. Cuando la N. E. P. llegó, el gobierno tuvo que organizar la caza de los expulsados kulaks y devolverlos a sus chacras con órdenes de seguir como antes hasta que la Revolución estuviese lista para ellos.

Pero los kulaks no fueron las únicas víctimas de la inexperiencia socialista. Los miembros de la clase media culta fueron englobados bajo la denominación de Intelligentsia y colocados bajo interdicto. Se les negó el voto; y sus hijos recibieron sólo aquella

educación que sobraba una vez cumplida la de los obreros. Suponíase que nada podía desarraigar los hábitos espirituales burgueses de aquella gente, y que en el proletariado había suficiente capacidad directiva que sólo esperaba la ocasión para llenar todas las necesidades de la industria. Lo que era bastante cierto como generalización, pero oscurecía el hecho de que la capacidad natural sin instrucción y alguna experiencia de los negocios es inútil y de que el espíritu proletario es tan inadecuado a las instituciones comunistas como el espíritu burgués. La necesidad de trabajadores de cuello blanco en las extensas regiones de las empresas oficiales excedían por lejos la primitiva provisión proletaria, para no decir nada del hecho evidente de que Lenin, Trotsky y sus colegas eran burgueses de la Intelligentsia hasta la médula. Chicherín, el más importante diplomático del soviet (predecesor de Litvinof) era un noble del más exclusivo linaje cortesano. ¿Qué hacer?

La dificultad fué superada con menos candidez que en el caso de la N. E. P. Los puestos de cuello blanco debieron llenarse con damas y caballeros inconfundibles como tales; pero todos ellos debían declarar que sus progenitores trabajaban la tierra con sus propias manos. Se llegó a decir que los padres de Lenin, como los de Trotsky, habían sido campesinos. Ya no hay ninguna necesidad de seguir con estos cuentos; pero ellos se contaron hasta la invención de una nueva categoría llamada el proletariado intelectual, dejándose el mote de Intelligentsia para designar a los infortunados caballeros y damas que no eran dignos de ser empleados como trabajadores de cuello blanco, o que no podían o no querían

aceptar o entender el nuevo régimen. Su suerte fué desdichada; pero afortunadamente sus hijos se plegaron al comunismo muy pronto. Cuanto a las clases parásitas, los terratenientes, los rentistas, los aristócratas, volaron a otros países a vivir lo mejor que les fuera posible con la esperanza de que el antiguo régimen sería restaurado en breve, siempre con la excepción de aquellos que tuvieron ingenio suficiente para acomodarse al nuevo sistema y preferirlo al antiguo.

Una desdichada excepción fué la familia real. Cuando fué destronada por la revolución liberal, los kerenskistas no sabían qué hacer con ella. Seguir los precedentes inglés y francés de establecer un tribunal revolucionario y decapitar al Zar habría sido un golpe demasiado fuerte para el viejo monarquismo, cuya extensión todavía era ignorada, aunque poco quedaba de él después de las atrocidades y fracasos militares del período posterior a 1905 del reinado de Nicolás II. Cuando los bolcheviques barrieron a los liberales y se pusieron a organizar un Estado comunista tampoco supieron escogitar nada; y se dejó al Zar y a su familia que lo pasaran lo mejor posible en una ciudad de provincia situada fuera del alcance del Ejército Blanco.

Por desgracia las autoridades locales se llevaron un gran susto con la aproximación de un contingente checoeslovaco que era una de las reliquias de la guerra europea. En esta guerra los checos, dirigidos por Masaryk, habían aprovechado la oportunidad de luchar por su independencia nacional uniéndose a los aliados en su lucha por la destrucción del poderío austro-alemán. En el trans-

curso de la guerra una fuerza checoeslovaca había logrado llegar hasta el otro extremo de Asia. Tuvo que volver a su país a través de Rusia, donde pretendió que su causa — la de los aliados — era la del Ejército Blanco, y que el Ejército Rojo de Trotsky era su enemigo. Su marcha hacia el oeste la llevó tan cerca de la quinta del Zar, en Ekaterinemburgo, que pareció probable pudiera rescatarlo; y eso estaban dispuestos a impedirlo a toda costa sus guardianes.

Procedieron con una mezcla curiosa, e históricamente sin precedentes, de frialdad despiadada y un deseo de evitar a sus víctimas todo sufrimiento inútil. Sabiendo que el Zar era muy piadoso, lo pusieron (ellos que eran todos fanáticos materialistas de la escuela de Marx) en un estado de feliz serenidad espiritual mandando buscar un coro especial para una ceremonia especial en la Iglesia Griega de la casa de campo, después de la cual la real familia fué informada de que se había decidido mudarla y de que debía prepararse para un viaje. Estaba toda ella reunida en una habitación, a la espera de los coches, sin ninguna aprensión de nada peor que un viaje nocturno. De pronto apareció una partida de tiradores en la estancia. El Zar fué alcanzado por las balas antes que tuviera tiempo de comprender lo que sucedía; y en treinta segundos su esposa, su hijo, y sus tres hijas fueron también muertos. Sus cuerpos fueron entonces llevados al bosque, donde fueron saturados de kerosene y completamente destruídos por el fuego.

Fué ciertamente el más misericordioso regicidio conocido en la historia; pero a la luz de la aplastante victoria posterior del

gobierno soviético no es nada seguro que la causa del soviét experimentara daño alguno si el contingente checoslovaco hubiera llevado a la familia hacia Praga, para alojarla en un castillo del Danubio, como un apéndice a la creciente lista de ex-monarcas y pretendientes, viejos y jóvenes, que satisfacen la curiosidad de los turistas pero no provocan entusiasmos suficientes para amenazar con nuevas batallas de Culloden o de Waterloo. Así, la ejecución puede ser considerada como un error. Aparentemente así lo creyó el humano Lenin, pero sin dar importancia al asunto.

Con todo, aquí sólo me interesan los errores que se pudieron evitar si el socialismo soviético hubiera estado más a tono con su época, y que probablemente serán cometidos de nuevo en las futuras ocasiones del inminente pasaje del mundo capitalista hacia un mundo comunista si los agentes del cambio no poseen una técnica de los negocios mejor de la que se puede obtener de una mezcla de liberalismo, anti-clericalismo y marxismo ochocentistas.

En todo caso deben estar preparados para afrontar el fenómeno psicológico del sabotaje. Bajo el régimen capitalista, cada plomero que hace una compostura en la casa de un cliente tiene un interés pecuniario directo en jugarle a aquel alguna treta que provoque otra descompostura y nueva ganancia para sí. Pero lo que sucedió en Rusia fué que los saboteadores, en una furia de odio contra el bolcheviquismo, causaron el mayor daño posible a la maquinaria, falsificaron las cuentas y hasta destruyeron la semilla de que dependía su cosecha del año siguiente. Eso es sin embargo muy explicable. Gente de situación acomodada, que na-

da sabía de marxismo o de capitalismo, y que no veía ninguna relación entre el propio confort y la miseria del proletariado, fué asaltada repentina y violentamente en sus hogares por proletarios rebeldes en busca de alojamiento, vió sus rentas confiscadas, extinguido el respeto que antes merecían como damas y caballeros y reemplazado por el desprecio, negada la educación a sus hijos mientras no la recibieran los del proletariado, suprimidos los fueros parlamentarios de que gozaban, y en general su condición rebajada hasta ser inferior a la de los más rudos trabajadores manuales; o, si eran señoriles kulaks con chacras de su entera propiedad, expulsados porque tenían tres o cuatro caballos mientras sus odiados vecinos no tenían ninguno. Difícil es imaginar el estado de ánimo de esa gente de otro modo que como un vengativo resentimiento que busca satisfacción en el daño puro si no puede hacer otra cosa. Inútil decir a esa gente que si leyeran a Marx o a Henry George verían que sus sufrimientos eran insignificantes comparados con los que sufrían los esclavos del capitalismo. Ello no haría más que aumentar su exasperación al ver disminuídos sus males. Sólo hay dos maneras de tratar a esa gente. Uno es entregarla a la Tcheka, con sus procesos criminales y sus ejecuciones sumarias. El otro es darle un nuevo confort. Esto no es muy fácil, si se tiene en cuenta que sus nociones de confort incluyen el antiguo snobismo de la respetabilidad y la antigua deferencia de parte de los trabajadores y comerciantes. Y eso no puede prolongarse el tiempo suficiente para mellar el filo del rencor que produce el sabotaje. Por fortuna sus hijos, siendo educados sin

snobismo, parecen hallar congénito y natural el nuevo sistema. Algunos inteligentes saboteadores se han arrepentido y excusándose al ver las ventajas del soviétismo; pero es probable que el sabotaje continuará en mayor o menor grado hasta que desaparezca la gente de la clase media formada bajo el zarismo. La mayor parte de sus tribulaciones habrían podido evitarse de ser Lenin lo bastante fabiano para reconocer la necesidad de su N.E.P. desde el principio.

Un estado de ánimo menos dañino pero asimismo perturbador es el producido por la idea de que a raíz de una revolución todo será diferente. Hacia 1880 pregunté a un ardiente socialista joven qué profesión pensaba adoptar. Replicó algo sorprendido que había sido convencido por el finado Henry Mayers Hyndman, un cálido dirigente socialista de aquella época, que la revolución se produciría en 1889 (el centenario de la revolución francesa) y que por lo tanto era innecesario adoptar ninguna profesión. Había en cierto modo transferido las tradiciones cristianas acerca del Juicio Final y el milenio al cambio del capitalismo al socialismo, y por el momento quedó muy sorprendido al observarle yo que el Estado socialista necesitaría más profesionales y técnicos que un Estado capitalista.

Las mujeres (o tal vez debería decir las damas) que han recibido bien a la revolución, fueron afectadas de modo diferente por aquella ilusión milenarista. Las más pajarudas creyeron que la dictadura del proletariado produciría una licencia general respecto de la conducta sexual y el repudio de todas las convenciones sociales respetables. Los gobernantes soviéticos, aunque tan aus-

teros en sus vidas privadas como la mayoría de las órdenes monásticas, fueron tan lejos en su reacción contra la autoridad y la coerción de cualquier especie que al principio toleraron las extravagancias de sus menos sensatas amigas; reformaron las leyes morales hasta el punto de hacer el divorcio excesivamente fácil; y casi abolieron la disciplina escolar. Pero estas locuras resultaron tan malas que pronto se curaron solas; y hoy la tendencia parece más bien ser hacia el Puritanismo que hacia la rabelesiana Abadía de Theleme, cuyo lema era "Haced lo que os plazca". Repito sin embargo que aquí no me interesan las exageradas reacciones que se curan solas y son comunes a todas las sociedades, sino los errores que de no ser corregidos podrían reproducir algunos de los males del capitalismo.

La igualdad de renta que, como lo hemos visto, es el diagnóstico esencial y decisivo del comunismo, no forma parte del evangelio de Marx, el cual, preocupado por las vilezas de la propiedad privada y su explotación, jamás encaró el problema de la perfecta distribución. Cuando la N.E.P. fracasó sin producir ninguna aceptable proporción de prosperidad general, y el gobierno soviético volvióse cada vez más el general empleador o regulador de los salarios, pronto halló que la producción no podía ser estimulada hasta el grado necesario con el fusilamiento de los jefes de estación haraganes o de los obreros que eran sorprendidos en estado de ebriedad dentro de las fábricas, ni siquiera con el entusiasmo de las brigadas de obreros de choque que recorrían el país dando el ejemplo y mostrando cómo se hacía el trabajo. Lo que se nece-

sitaba era la receta capitalista de los salarios por piezas, con una graduación del trabajo, de modo que cada grado comportara un salario más alto que el inferior; y que un obrero, al calificarse técnicamente para un grado más alto, pudiera mejorar de situación inmediatamente. Para justificar estas desigualdades algunos dirigentes bolcheviques cometen aún el error elemental de afirmar que la desigualdad de rentas no forma parte del socialismo, y, peor aún, llegan a declarar que el trabajo por pieza y la graduación de los salarios son evaluaciones en dinero de diferencias naturales en el mérito humano en lugar de simples incentivos para la industria. Para todo el que haya leído el capítulo séptimo de este libro tales evaluaciones son imposibles.

La explicación correcta es que, cualesquiera sean las diferencias de capacidad, tamaño, peso o apariencia, genio o celebridad naturales entre Tom, Dick y Harry, el costo de su alimento, vestido y habitación es prácticamente el mismo. El primer paso hacia la igualación de sus condiciones debe ser el establecimiento de la cantidad que el país puede permitirse dar a cada uno de ellos. En todos los países hay actualmente una enorme igualación de rentas al nivel del trabajo no calificado. Si un gobierno socialista trata de rebajar la renta de cada uno a ese nivel (lo que en Rusia significó dormir de a diez en una sola pieza) halla de inmediato que no puede disponer de trabajo cerebral de primera clase ni de dirección autorizada bajo tales condiciones. En consecuencia, como su necesidad de matemáticos y físicos, arquitectos e ingenieros, proyectistas y pensadores, abogados y estadistas, es-

trategas y técnicos, administradores y capataces para la gran industria, para no decir nada de los poetas, pintores, actores y artistas en general, es inmediata y absoluta, debe fijar el nivel de distribución en una cifra que permita los refinamientos y la distinción y aislamientos relativos que son necesarios a tales personas, y luego elevar la producción hasta que ese nivel pueda ser alcanzado por todos. Y si en la tentativa de elevar la producción a ese nivel se halla que el proceso es apresurado animando a un trabajador que está haciendo una hoja de acero a duplicar su renta haciendo dos, y a que ella (o él) suban más cerca del nivel más alto tratando de alcanzar un mayor grado de competencia técnica, no hay razón para que tales expedientes no sean utilizados por lo que valen. La circunstancia de que muchos de ellos hayan sido inventados y empleados bajo el capitalismo es más bien una recomendación que lo contrario, ya que el empleador capitalista adquirió esa habilidad en el arte de producir que estropeó su sistema produciendo más de lo que podía vender.

Pero cuando al fin se alcanza ese nivel, todo arbitrio de imposición sobre la renta, restricción de la herencia y demás, debe emplearse al solo objeto de conservar la facilidad de las uniones matrimoniales entre todos los miembros de la comunidad, en los términos establecidos por el antedicho capítulo 7; pues la igualdad de rentas y en consecuencia de condiciones es absolutamente esencial para la estabilidad de toda asociación entre seres humanos; y la facilidad de los casamientos entre todos los miembros de la comunidad es la mejor piedra de toque para ello.

Me es imposible e inútil tratar de dar aquí una relación del éxito asombroso del gobierno soviético. Ello requeriría un libro de 1143 páginas; y él ya fué escrito por mis colegas fabianos Sidney y Beatrice Webb (*Comunismo soviético: ¿Una Nueva Civilización?*) no sólo mejor de lo que yo habría podido hacerlo sino también mejor que cualquier ruso; porque éstos, resolviendo un problema tras otro con ensayos y errores, no han reunido aún todos sus descubrimientos en una síntesis y se hallan aún bajo la ilusión de que Marx es la última autoridad de socialismo científico, y por añadidura infalible. En 1936 Moscú promulgó una nueva Constitución. La mayor parte de ella podía haber sido escrita por Tom Paine. Puédese dejarla de lado como un caso de arreglo de escaparate para conciliarse la opinión liberal de Europa y América. Como lo único que puede resultar de esa tentativa de persuadir al mundo que el comunismo se parece bastante al liberalismo es que se pierda todo interés en aquél, la prudencia de tal resurrección de los Derechos del Hombre no es nada evidente. El liberalismo tuvo en Rusia su última ocasión con la N.E.P., la que fué un irremediable fracaso.

Sólo queda observar que en 1928 Trotsky disintió con Stalin sobre la cuestión de saber si Rusia debía asumir la dirección de todos los proletarios de Europa y estar así en situación de permanente guerra revolucionaria con todos los Estados capitalistas (la concepción de Trotsky) o concentrarse en su propio asunto y establecer un socialismo ejemplar dentro de su territorio. "Socialismo en un solo país" fué la voz de orden por que abogaba Stalin.

La victoria de éste, y el destierro de su rival, fueron el triunfo del buen sentido; y el neo-trotskyismo significa ahora una conspiración de anti-stalinistas que no creen pueda el socialismo mantenerse sin alianzas extranjeras y concesiones a los aliados capitalistas de oriente y de occidente (*).

BERNARD SHAW

(*) Este ensayo tiene su segunda y última parte en el titulado "Fascismo", que insertaremos en el número próximo de SUR.

D I A (*)

*Día, el día del encontrarnos,
tiempo llamado Epifanía.*

*Día tan fuerte que llegó
color de tuétano y mediodía,
sin frenesí sobre los pulsos
que eran tumulto y agonía,
tan tranquilo como las leches
de las vacadas con esquilas.*

*Día nuestro, por qué camino,
bulto sin pies, se allegaría
que no supimos, que no velamos,
que cosa alguna lo decía,
que no silbamos a los cerros
y que él callado se venía.*

(*) Del libro próximo *Tala*, que publicará la Editorial SUR.

*Parecían todos iguales,
y de pronto maduró un Día.
Era lo mismo que los otros,
como son cañas y son olivas,
y a ninguno de sus hermanos,
como José, se parecía.*

*Le sonreíamos entre los otros.
Tenga talla sobre los días,
como es el buey de grande alzada
y el carro junto a las gavillas.
Lo bendigan las estaciones,
Nortes y Sures lo bendigan,
y su padre, el año, lo escoja
para mástiles de la vida.*

*No es un río ni es un país,
ni es un metal: se llama un Día.
Entre los días de las grúas,
de las jarcias y de las trillas,
entre aparejos y faenas,
nadie lo nombra ni lo mira.*

*Lo bailemos y lo digamos
por galardón de quien lo haría,*

*por gratitud de suelo y aire,
y por su gozo de agua viva,
antes que caiga como pavesas
y como cal que molerían
y que se vuelquen a lo Eterno
sus especies de maravilla.*

*Lo cosamos en nuestra carne,
en el pecho y en las rodillas,
y nuestras manos lo repasen
y nuestros ojos lo distingán,
y nos relumbre por la noche
y nos conforte por el día,
como el cáñamo de las velas
y las puntadas de las heridas.*

Río de Janeiro, 1937.

GABRIELA MISTRAL

*por gratitud de suelo y aire,
y por su gozo de agua viva,
antes que caiga como pavesa
y como cal que molerían
y que se vuelquen a lo Etern
sus especies de maravilla.*

*Lo cosamos en nuestra carne,
en el pecho y en las rodillas,
y nuestras manos lo repasen
y nuestros ojos lo distinguan,
y nos relumbre por la noche
y nos conforte por el día,
como el cáñamo de las velas
y las puntadas de las heridas.*

R
GA

EN ESTE NÚMERO:

**ICTIOSAUROS Y EDITORES
CLANDESTINOS: URGENCIA DE
UNA RECTIFICACION MORAL**
por JOSE ORTEGA Y GASSET

ICTIOSAUROS Y EDITORES CLANDESTINOS

URGENCIA DE UNA RECTIFICACION MORAL (*)

Por fin, se ha dado en América la embestida generosa y brava contra esta gran bellaquería de las ediciones clandestinas. Desde hace hartos años la perduración, — digámoslo, la consolidación — del hecho bochornoso deshonraba a las dos Américas, del Centro y del Sur. Porque si bien carga la máxima responsabilidad sobre Chile, casi todo el resto de la América hispana participaba en ella. En Chile se hacen las ediciones criminales; pero en casi toda América se venden y donde no se venden, o se venden menos, como creo que pasa en la Argentina, no se protestaba del delito y en esta medida se colaboraba en él. Esto último no es una exigencia exorbitante. Pues nadie honestamente puede dudar de que sólo un movimiento de protesta surgido en América misma prometía con alguna vaga probabilidad ser eficaz. Esta es una de las razones que me hicieron no hablar ni escribir una sola palabra pública sobre el

(*) Este artículo ha llegado a nuestro poder cuando ya el presente número de SUR estaba impreso. Dada su importancia, y antes que retrasarlo hasta el número próximo, preferimos incluirlo aquí, estableciendo una numeración especial para sus páginas.

asunto hasta el día presente — cosa que me interesa hacer constar. Sabía que era inútil, y hacer en el orden práctico de la vida cosas inútiles me parece una gruesa inmoralidad. Porque lo inútil no se contenta con serlo. Lo inútil resulta contraproducente.

Nótese que lo más grave de la cuestión no está en su vertiente económica sino en lo que tiene de síntoma para poder apreciar la excesiva solidez de los estómagos. Porque el hecho es, ante todo y sobre todo, asqueroso. Es un crimen a mansalva. Un crimen sin exposición del criminal. Un crimen abrigado por una complicidad ilimitada. ¿Cómo es que no ha producido inmediatamente sus efectos... eméticos? No es ya cuestión de justicia: es cuestión de reflejo estomacal. La única jurisdicción que le es cabal es el asco. La prueba está en el artículo de Victoria Ocampo. ¿A qué género literario pertenece ese artículo? Bien claro está: no es una octava real, es una náusea, la náusea como género literario. La imagen, sobre todo referida a una señora, es poco galante pero se reconocerá su exactitud. Véase como el estilo del artículo es espasmódico y véase cómo salen en él, devueltas y juntas, diferentes especies de fauna repugnante: langostas y editores clandestinos de Chile.

Repito que las aristas morales del hecho me interesan más que la crematística. Es de sobra notorio en la Argentina que la plata no me emociona. Más aún: me ha aburrido siempre el dinero, como todo lo que se cuenta, salvo los cuentos. ¿Hay nada más idiota que un número, como no sea otro número mayor? Por tanto, los araucanos foragidos que me han sustraído mi haber no han logrado ocasionarme un minuto de mal humor. Como auténtico hidalgo he

vivido siempre sin blanca y estoy perfectamente adaptado a la ausencia de metales preciosos. La impecuniosidad me es como el agua al pez; me es connatural y mi elemento. Yo no había jamás aludido a esto ni en mis escritos ni en mis conversaciones hasta que en el prólogo a mis *Obras* completas hice sobre ello una vaga insinuación. Pero un prólogo a las obras completas es, sin duda, el comienzo del fin de una vida. Yo he esperado a tener casi toda la mía a la espalda para revelar ese secreto. Hecha en hora tan tardía esa revelación no puede significar ni queja ni apetito y queda ahí ostentando su pura intención legendaria. La verdad es que un lema de toda mi vida ha sido aquel decir de Michelet: ¡El que sabe ser pobre lo sabe todo!

Lo que me importaría más del caso es que los países americanos lo aprovechasen como un pretexto para dar un ejemplo de rectificación moral. Perdóneseme que no oculte en este punto mi pensamiento. Los pueblos de la América hispana arrastran en el seno profundo de sus almas colectivas un fondo de inmoralidad. No discutamos ahora cómo se ha formado ese fondo. El hecho es que está ahí y que mientras no lo arrojen y lo sustituyan por un enérgico repertorio de reacciones morales que funcione automáticamente en toda ocasión decisiva, no pueden hacerse ilusiones de ascender al rango de pueblos preclaros, a pesar de que alguno, como la Argentina, posee no pocas de las dotes más raras para pretenderlo.

Este hecho de las ediciones clandestinas, acontecido en esta altura de los tiempos, es un buen ejemplo de inmoralidad básica.

Tanto que lo que más me interesa en él es su lado teórico. ¿No sería de gran interés escribir un ensayo donde se analizasen minuciosamente las implicaciones que condensa ese hecho, los supuestos que han tenido que darse para que se produzca? ¿Cómo ha podido Chile hacerse solidario, activa o pasivamente, de esa fechoría? ¿Qué fuerzas y qué grupos han paralizado la protesta indignada que seguramente germinó cien veces en muchas almas chilenas? ¿Cómo están hechos los intelectuales chilenos para hacerse cómplices de faena semejante? Hay quien cree que los escritores chilenos asisten al despojo de sus colegas extranjeros con mal disimulada complacencia. ¿Qué quiere decir esto? ¿Resentimiento? ¿Y por qué serían resentidos?

He ahí un nuevo lado del tema. Pero ahora venga otro.

Argentino de afición, me inquieta un poco que sea Victoria Ocampo quien, una vez más, no pudiendo aguantar una santa indignación, sale furiosa al campo, la lanza en ristre, walkyrizando. Me explicaré. Una de las pocas cosas verdaderamente claras que dice Platón en su *República* es que no puede andar bien un pueblo si en él no hace cada cual lo suyo. Porque es evidente que en un pueblo hay, mayores o menores, muchas cosas que es inexcusable hacer. Si no hace cada una aquel a quien le corresponde, será otro, a quien no le corresponde, quien tendrá que salir a hacerla. Y, si esto acontece a menudo, el que subsana las omisiones de los demás, acabará por desdibujar su fisonomía y por deformar su propio quehacer. ¿No hay en la Argentina doscientas personas que podían y debían haber iniciado esta campaña antes que Vic-

toria Ocampo? Todos saben ahí que, a la postre, cuando haya que dar una tremenda arremetida contra una injusticia, una indecencia o un desmán, la impetuosidad, el coraje y el vendaval generoso que hay en el alma de Victoria Ocampo, la llevarán a no poder contenerse y a arriesgar sin reparos su gesto y su persona. Pero yo creo que interesa a los argentinos ahorrar estas intervenciones. Victoria Ocampo es, por la concurrencia de muchos dones, una realidad de primera magnitud en la historia argentina. Ahora bien, un pueblo sólo lo es en la medida en que posee un tesoro de solidaridades tácitas e inquebrantables respecto a ciertas cosas esenciales. Los partidos más hostiles tienen, sin parpadeo, que coincidir en ellas. Mírese Inglaterra: su inmenso poder, su ejemplar solidez se nutren sólo de eso. Inglaterra que, apenas si es un Estado, es un nudo de solidaridades tácitas, pero formidables entre los ingleses. Pues bien, yo pienso que importa a todos los argentinos — a sus enemigos igual que a sus amigos — procurar que la figura de Victoria Ocampo no se malogre en faenas supletorias que otros muchos deberían hacer. Debe reservarse para lo más grave, lo más nacional, lo más peligroso y no para ensartar en el alfiler de su sombrero editores chilenos. No pido, conste, que se constituya en torno a Victoria Ocampo una especie de beatería que halague su persona con acatamientos y remilgos vanos. Es una criatura cuya existencia necesita absolutamente de la resistencia. Mejor que yo conocen ahí todos su espléndida condición y saben que es lo bastante feroz y lo bastante puma para no vivir sin saltos de combate. Pero yo quiero suponer que los argentinos están resueltos a no

dilapidar sus mayores riquezas humanas, a conseguir que sus figuras excelentes den el máximo de su rendimiento nacional y por eso, con impertinencia bien intencionada, me he permitido esta observación.

Y ahora a ti, Victoria, va el estribillo de toda la balada. Te va a divertir:

Hablas en tu artículo de la propiedad intelectual como de la más respetable, de la más sagrada. Yo quiero agregar una cosa poco conocida, a saber: que es, acaso, la más antigua. ¿Sabes cuál fué el derecho de propiedad individual que primero y más rigurosamente reconocieron los hombres? No fué el suelo ni el ganado ni siquiera los pequeños bienes muebles, las armas y trebejos de uso personal. Estos últimos, al fin y al cabo, se podían heredar, lo cual indica que su propiedad no era tan superlativamente adscrita a la persona. No: los pueblos más primitivos reconocían como la propiedad más individual la de los sueños y la de las canciones — una propiedad intelectual. El primitivo que tenía una visión donde se le revelaban secretos de la caza o de otro orden sabía que nadie osaría aprovecharse ni tampoco cantar la canción afortunada, que enardecía el festival y a él se le había ocurrido.

El etnógrafo para mi gusto más inteligente es el americano Lôwie. Su saber es inmenso y no menor su agudeza crítica y su escepticismo hacía generalizaciones audaces. No obstante, puede leerse en su *Primitiv Sociology*, de que hay una excelente traducción francesa: *Traité de Sociologie Primitive* (Payot), p. 235: “Contra-

riamente a lo que podría suponerse, la noción de patente o de derecho de autor está muy desarrollada en las capas más profundas de la civilización y su fuerza, entre ciertos pueblos, hace manifiestamente absurdo el dogma de un comunismo primitivo universal. . . . Aun en un medio tan humilde como el de las Islas Andaman, encontramos derechos de disposición exclusiva referentes a objetos inmateriales. Es el hecho tanto más notable cuanto que en lo que respecta a los utensilios de cocina, por ejemplo, muestran estos insulares, por el contrario, una amplitud de espíritu que roza en el comunismo. . . . Pero esta generosidad no se extiende a los cantos compuestos con ocasión de una reunión pública. Un canto que ha tenido buen éxito puede ser repetido en reuniones de menor importancia, pero, cualquiera que sea su popularidad, nadie tiene el derecho de cantarlo más que su compositor. Entre los cay como entre los andaman el poeta es dueño absoluto de su composición. Nadie puede cantarlo sin su consentimiento y en modo alguno concede este favor gratuitamente. . . . El eje de la religión en los Indios de las Praderas está constituido por los conceptos y prácticas referentes a las visiones. . . . Nadie osaría disputarles el derecho de propiedad de estas visiones y quien desea adquirir en parte uno de estos derechos o comprarlo íntegramente sacrifica a este fin bienes que representan un valor el cual nosotros consideraríamos absurdamente exagerado. La transferencia por donación no es posible, aun cuando las dos partes estén unidas por los lazos de parentesco más estrechos. . . . Los “paquetes sagrados” de los Hidatsa que derivan siempre de visiones ancestrales, hereditarias en ciertas familias,

necesitan, no obstante, ser objeto de una transacción entre padres e hijos”.

Los Andaman son uno de los cuatro o cinco pueblos más primitivos que se conocen. Los Indios de las Praderas son los indios americanos. De donde resulta que ahora los chilenos se las han arreglado para retroceder no ya a la edad precolombina sino a una edad preindiana. ¿Pero qué había en Chile cuando todavía no había indios? Evidentemente, nadie capaz de ensueño y canción. Por lo visto no había más que ictiosauros y editores clandestinos.

París, noviembre de 1937.

JOSE ORTEGA Y GASSET

EL POETA Y EL ESQUIZOFRENICO

LA CONCIENCIA VERGONZOSA DEL POETA (*)

II

Un opúsculo posterior de Breton y Eluard (**), nos presenta la *conclusión práctica* de esta teoría de la poesía. Encontramos ahí, subyacente, al buen salvaje Rousseau, transformado en el buen subconsciente; ni uno ni otro podrían — por definición — mentirnos; se dan enteros en cada paso de su andar. Se establece una moral sobre la materia (a no ser que la haya precedido): también en la poesía hay un bien y un mal; el bien es el respeto absoluto por el acto puro; el mal es el egoísmo, la intervención directa en el sentido de Rimbaud: “¡tantos egoístas se proclaman autores!” El mal es rehusar a la poesía automática su dignidad de documento puro, de acto de conocimiento; es ir al placer, al desenfreno, a la poesía tal como se ha hecho siempre, con una mezcla grosera de inspiración y de trabajo, del *yo* y del *otro*, del egoísmo y de la historia. Transcribo: “A la menor tachadura está arruinado el principio de inspiración total. La imbecilidad borra lo que el oído acertadamente ha creado. Es necesario pues, no darle intervención, bajo pena de producir monstruos. Nada de repartos. La imbecilidad no puede ser reina”. Y también: “Si una pieza contiene sólo poesía es porque ha sido construída; no es poesía”.

(*) Véase la primera parte en el número 34 de SUR.

(**) *Notes sur la poésie*, ed. G. L. M., París.

No dudo que la generación venidera hará como la generación que la precedió, obedecerá a la *teoría del miedo a pasar por imbecil*. Es esa la sujeción moderna, la sujeción por *intimidación*; se vence más fácilmente a los hechiceros amenazándolos con tomarlos por ignorantes, que regalándose como la Edad Media con su *beefsteak* sangrante en la hoguera. Pero verifiquemos un poco, si gustáis, la exactitud de la afirmación, la realidad que sostiene; veamos si lo absoluto ordenado por la teoría es compatible con las posibilidades de la gran poesía. Tomaré ejemplos al azar en tres poetas cuya "inspiración total" nadie ha puesto en duda hasta hoy: en Baudelaire "el *rey de los videntes*, un verdadero Dios", en Rimbaud el "vidente", y en Mallarmé, poeta de lo absoluto. Me apresuro a deciros que los ejemplos elegidos en los tres son de segundo orden; se trata de tachaduras hechas en el texto definitivo, ya largamente elaborado, trabajado y tachado. Carecemos de los primeros manuscritos y hasta ignoramos si existen. Tomemos pues a Baudelaire en la edición con notas y variantes de Van Bever. He aquí algunas *variantes* seguidas inmediatamente del texto definitivo, publicado:

Pour apaiser le coeur et calmer la souffrance
 De tous *les innocents* qui meurent en silence
 Dieu *leur avait déjà donné le doux sommeil*;
 Il ajoute le vin, *fis sacré du Soleil*.

.....
Pour noyer la rancœur et bercer l'indolence
 De tous *ces vieux maudits* qui meurent en silence
 Dieu, *touché de remords*, avait fait le sommeil;
 L'homme ajoute le vin...

.....
 Souvent, à la clarté *sombre* des reverbères
 Que le vent de la nuit *tourmente* dans leurs verres

*Au fond de ces quartiers sombres et tortueux,
Où grouillaient par milliers des ménages frileux.*

.....
*Souvent, à la clarté rouge d'un reverbère
Dont le vent bat la flamme et tourmente le verre
Au coeur d'un vieux faubourg, labyrinthe fangeux,
Où l'humanité grouille en ferments orageux.*

(Le vin du Chiffonnier)

*L'organe de l'amour avait fait leurs délices
et les bourreaux l'avaient cruellement chatrés.*

.....
*Et ses bourreaux, gorgés de hideuses délices
L'avaient, à coup de bec, absolument chatrés.*

(Le Voyage à Cythère)

Et de grandes fleurs dans des jardinières

.....
et d'étranges fleurs sur des étagères.

(La Mort)

*Et d'anciens corbillards sans tambour ni musique
Défilent lentement dans mon âme; et l'Espoir,
Pleurant comme un vaincu, l'Angoisse despotique,*

.....
*Et de longs corbillards sans tambour ni musique
Défilent lentement dans mon âme; l'Espoir,
Vaincu, pleure; et l'Angoisse, atroce, despotique,*

(Spleen)

Etc., etc. No creo necesario atraer vuestra atención hacia los detalles. Las tachaduras son *probatorias*. Como veis, el poema

ha ahuyentado a la poesía. La inspiración total ha sido arruinada; el poeta, tachando, ha producido monstruos.

Pasemos a Rimbaud. Jacques Rivière que ha oteado los pocos manuscritos primitivos que se han encontrado, pone vis a vis de una página definitiva de *Une Saison en Enfer* algunos textos corregidos que no es seguro hayan sido los primeros: Rimbaud escribía:

“La acción no era sino una manera demostrativa de desperdiciar una actividad vital: solamente procuraba yo dejar, al azar siniestro y dulce, un enervamiento, desviación, error”.

Después de corregido quedó así:

“La acción no es la vida, sino una manera de desperdiciar una fuerza, un enervamiento”.

Como veis, la imbecilidad es afortunada; de una proposición invertida producto de la inspiración pura, hace un relámpago.

Igualmente este texto:

“Pensaba en la felicidad de los animales; las orugas eran la multitud sin nombre, los pequeños cuerpos blancos del limbo. Dichoso el topo, sueño de la virginidad”.

Llega a ser:

“Envidiaba la felicidad de los animales; las orugas que representan la inocencia del limbo; los topes, el sueño de la virginidad”.

Pero no es necesario recurrir a los manuscritos de Rimbaud.

Vea el lector los poemas incluídos en *Les Illuminations* y reeditados con una redacción casi siempre diferente en la *Saison*. Ambas son versiones definitivas y puede preferirse a veces la primera variante a la segunda o viceversa. Pero ¿es posible vacilar ante:

“Le vent du ciel jetait ses glaçons aux mares”
transformado en:

“Le vent de Dieu jetait ses glaçons aux mares”

o ante:

“or, tel qu’un pecheur d’or et de coquillages”

Dire que je n’ai pas eu souci de boire”

transformado en:

“Pleurant, je voyais de l’or et ne pus boire!”

Esa densidad de Rimbaud, esa concisión, esa expresión elíptica, ese chispazo irracional, no son un estado puro, el producto de un automatismo de la inspiración: nacen de tachaduras, de trabajo, de largas elaboraciones *voluntarias*. Ese es también el caso de Mallarmé. Debo confesar mi ignorancia acerca de la manera de trabajar del poeta de “Un coup de dés”. El azar ha puesto en mis manos el fascículo “Hommes d’aujourd’hui”, en el cual Verlaine presentaba al público su oscuro contemporáneo. Al final del estudio, Verlaine nos regala con un soneto del Maestro. Es evidente que no se trata de un primer texto, sino de un poema acabado, definitivo. Sin embargo, ese soneto, citado por Verlaine, lo encontramos de nuevo en la recopilación de Mallarmé infinitamente modificado, condensado, construido, y juzgad la distancia que separa este primer soneto ya acabado, del segundo. He aquí la primera redacción:

*“Toujours plus souriant au désastre plus beau
Soupirs de sang, or meurtrier, pamoison, fête!
Une milliènnne fois avec ardeur s’apprête
Mon solitaire amour à vaincre le tombeau.*

Quoi! de tout ce *coucher*, pas même un *cher lambeau*
Ne reste; il est minuit *dans la main du poète*,
Excepté qu’un trésor *trop folâtre* de tête
Y verse sa lueur diffuse sans flambeau.

La tienne, si toujours *frivole!* c'est la tienne,
 Seul gage qui des soirs évanouis retienne
 Un peu de *désolé combat* en s'en coiffant

Avec *grâce*, quand sur des coussins tu la poses
 Comme un casque guerrier d'impératrice enfant,
 Dont pour te figurer il tomberait des roses.

Y he aquí la segunda:

Victorieusement fui le suicide beau
 Tison de gloire, sang par écume, or, tempête!
 O rire si là-bas une pourpre s'apprête
 A ne tendre royal que mon absent tombeau.

Quoi! de tout cet éclat pas même le lambeau
 S'attarde, il est minuit, à l'ombre qui nous fête
 Excepte qu'un trésor *presomptueux* de tête
 Verse son caressé monchaloir sans flambeau,

La tienne si toujours *le délice!* la tienne
 Qui seule qui du ciel évanoui retienne
 Un peu de *puéril triomphe* en t'en coiffant

Avec *clarté* quand sur les coussins tu la poses
 Comme un casque guerrier d'impératrice enfant
 Dont pour te figurer il tomberait des roses.

¿En qué consiste la virtud de estos retoques, de esas tachaduras que de un poema *cualquiera* hacen un poema admirable o más bien que hacen de la poesía un poema? Ciertamente, la expulsión de ripios, de cópulas, de palabras mal *acentuadas*, de car-

gazonas, tiene ahí su importancia; la atenuación de ciertas logicidades chillonas gracias a cierta “oscuridad”, tiene también su parte, así como la continuidad de lo bello son recuperada... Pero ¿en qué consiste la virtud del “encanto”, de la verdad poética que hace que:

“Soupirs de sang, or meurtrier, pamoison, fête,

no sostenga la comparación con:

Tison de gloire, sang par écume, or tempête;

y que:

“un peu de désolé combat”

parezca palabrerío neutro y exangüe al lado de:

“Un peu de puéril triomphe”?

¿Por qué, en fin, la corriente poética arrastra primeramente esas inmundicias, esos residuos de lenguaje y de inteligibilidades, y no es sino después, en la segunda, en la tercera, en la cuarta filtración, cuando la expresión poética llega a ser “eso”?

Quisiera que, confiando en la experiencia — no me atrevo a decir en las pruebas que yo proporciono — llegarais a las conclusiones siguientes: en teoría, sí, el primer chispazo es el más puro, el menos responsable; en teoría sí, la inspiración debería ser pura, lo primero ser lo primero, es decir, lo absoluto, lo indivisible. En teoría el primer chispazo es el mejor y tachar ese chispazo es producir monstruos, es una imbecilidad. Pero, ¡ay! — y digo ¡ay! muy sinceramente — de hecho, en la práctica, se produce lo contrario: el primer chispazo es el menos puro, el más mezclado de lógica, el más prosaico, el más imbécil, el más cercano del monstruo. Son las tachaduras las que expulsan la imbecilidad, suplantando al monstruo, crean la irresponsabilidad del verso. Comparto la teoría; la razón está con ella; lástima que no suceda lo mismo con los *antecedentes*! Lo subconsciente *debería estar* pri-

mero; pero aquí como en otra parte, lo subconsciente es primeramente resistencia, rechazo empecinado, huída solapada; no cede sino después de una larga y paciente sollicitación. Racionalmente es primero; en poesía es sólo segundo. Lo irracional no precede a lo racional; la experiencia hace ver que le sigue. No se obtiene lo irracional, la irresponsabilidad, lo subconsciente sino por el agotamiento voluntario de lo racional, de la responsabilidad, de lo consciente. Habría que revisar la cronología de los antiguos; en el principio era el Orden; el caos no vino sino después.

Pero, ¡vamos! ¿Es que ahora resulta que adoro lo que he quemado, quiero decir la decisión, la intervención *voluntaria* del artista en el poema, la enojosa intromisión de la conciencia? ¿Me contradigo ahora totalmente? No lo creo (*). No es culpa mía si los surrealistas han caído en la trampa del lugar común, que consiste en creer que los retoques, las tachaduras, son obra de la voluntad, de la conciencia *fría* interviniendo diabólicamente para mancillar la inocencia de inspiración, el *acto bruto* de lo subconsciente; no es culpa mía si confunden *voluntario* con *deliberado* y *vuelta a con alejamiento de*. Es ese el caso de los poetas mediocres, el caso del: “recomenzad cien veces vuestro trabajo” (en el sentido de: hasta que la adhesión a las reglas poéticas sea perfecta) y es a veces el accidente de los grandes poetas (véase el soneto de Mallarmé antes citado). El verso tachado: “verse le caressé monchaloir” no es mejor que: “y verse sa lueur diffuse”).

El trabajo del poeta que corrige su texto está presidido por un estado de *segunda inspiración*, un estado de medium de *segundo grado*; no juzga su texto, lo experimenta; no está movido por una

(*) Para aquellos que no hayan comprendido por qué encuentro aquí nefasto el ejercicio de una voluntad que en otra parte me parece de un gran rendimiento, y piensen que rechazar la voluntad consciente es consentir en la *pasividad*, digamos en seguida que vemos un anchuroso hiato entre: querer en *el sentido mismo de la dirección impresa* por algo que no es la conciencia, y querer a *contra-corriente*, es decir, hacer intervenir la conciencia para impedir que pase la corriente. No es posible sostener que el primer acto de voluntad depende de “lo teórico”.

lucidez crítica despierta, luminosa, sino por un malestar, un descontento, un desasosiego, que le hace volver sobre sus pasos, como un remordimiento. No se siente en sí en su poema bruto. No es la ausencia de lógica, de inteligibilidad, lo que le choca; lo que le ofende no es ese limo fecundo que deja lo subconsciente al retirarse. Todo lo contrario. Lo que le incomoda es la *impureza de la inspiración primera*; es la flojedad de lo subconsciente; son las rebabas del instinto; son las declamaciones, los efectos de voz, las redundancias! No ve, siente que hay *fugas*. ¡Qué le importan al poeta las palabras, y su sentido, y su forma exterior! Sólo tiene el ojo alerta sobre la corriente *interna del poema*; sólo se ocupa del flúido; *poco le importa de qué materia es el aislador!* Pobre poeta aquel cuya más elevada tarea es “comparar dos objetos” mientras confía al azar o al lenguaje el encargo de producir la chispa. No, el verdadero poeta ve primeramente la chispa que ha de producir; luego, a continuación pondrá las palabras unas frente a otras, las frotará, las juntará al azar hasta que, al fin, la corriente pase a través de ellas. Y entonces, virtudes del lenguaje, bello son, nacerán solos, sin habérseles buscado expresamente, a semejanza del místico que, sin proponérselo, alcanza la perfección moral en su unión con Dios, que era lo exclusivamente deseado. ¡Que Lamartine escriba a la primera chispa!, subconsciente magro, de una sola capa; el menor impulso lo agotará enseguida. Baudelaire, por el contrario, se encarniza en su poema, como si el poema escrito no fuera sino una vulgar y mala copia de un original perdido, una *reproducción* — en el sentido de Croce — y como si la lucha se produjera *en otra parte*, en las fuentes del poema original, intacto, absoluto, el cual experimentaría una particular repugnancia en dejarse *transcribir* tal cual. Es que el subconsciente de Baudelaire es abundoso, denso, complejo, resistente; es obstinado, se necesita mil artimañas para vencerlo.

¿Cómo? ¿Pretenderemos que duraciones diferentes, heterogé-

neas, superpuestas, mezcladas, nos ofrezcan un estado, un acto *único* de la conciencia? Pero ¿qué sabemos de la conciencia? y ¿quién podrá concluir que sus estados son tan *instantáneos* como la fotografía que los reproduce? Tal vez exijan *un tiempo de pose*, más o menos largo, más o menos discontinuo. ¿Y si duraciones heterogéneas en cuanto al tiempo resultaran homogéneas en el acto poético? ¿Y si el don del poeta consistiera en producir a pesar de y contra las leyes de la inteligencia, si fuera un milagro, si participara de lo milagroso como todo acto orgánico, vital? ¿Y si su poder consistiera en producir un acto de realidad, que no fuera reproducción de una realidad orgánica, preexistente, sino creación de una realidad imaginaria? ¿Y si la imaginación fuera una cosa orgánica real? Lo único que el poeta sabe de cierto es que él siente una especie de *comezón*; que no lo deja hasta que haya acabado su tarea: cuanto más grande sea la comezón, cuanto más obstinada y más angustiosa, más trabajará el poeta y será más grande. Convengo en que esto no tiene nada que ver con un *acto intelectual*; pero los actos de amar y de vivir tampoco son intelectuales, aunque también brotan, se forman y mueren en nuestro espíritu. Nada repugna tanto al acto poético como la gratuidad y la indiferencia del acto intelectual; su existencia se debe a razones mayores aunque incomprendidas; así como no hay “complacencias” o “halagos de sí mismo” tampoco hay *libertad de no crear*. He aquí por qué Baudelaire no tiene miedo de producir monstruos, ni de pasar por un imbécil; él crea un “poema” y deja a Lamartine el principio de la inspiración total, la “poesía”.

Nunca se ha prestado atención a esta nota de Baudelaire contenida en sus “Fusées”: “crear una vulgaridad es genial. Tengo que crear una vulgaridad”. Si la comparamos con esta proposición de Breton y Eluard: “una forma es igualmente mala si soporta que se la repita o imite”, tenemos la definición *externa* de la vulgaridad. Sin duda alguna, Rimbaud fué igualmente obsedido —

en la época de *Les Illuminations* — por la voluntad de crear una vulgaridad; bien sabe Dios si su forma soporta que se la repita y se la imite; y ¿qué son sino la atracción de lo vulgar esas “pinturas idiotas, ornamentos, decoraciones, telas de saltimbanqui, insignias, oropeles”... etc. ¿Qué es colocarse verrugas en la cara sino vulgaridad actuante? Se piensa en una búsqueda de estructuras, en un principio de identidad, de repeticiones de formas, de frecuencias, de leitmotivs, en una esencia concentrada y recogida en un punto exacto, en un mundo cerrado donde todo converge también a una *atmósfera*. Es decir que Baudelaire, como Rimbaud, concibe la poesía en el tipo del perfume, cuya estructura fija, cuyas leyes internas, la materia batida, el volumen, el peso, deben concurrir para producir justamente un *efecto* contrario, es decir, una impresión de sin-peso, de sin-materia, de imponderable, de porosidad. En una palabra, Baudelaire piensa en el “poema”, ese poema que, si hemos de creer a los surrealistas, no es poesía. Pues el poema está a igual distancia del mundo físico que del acto intelectual, es una creación, un universo aparte, y sólo existe en virtud de su reacción, de su oposición. La “poesía”, por el contrario, es el mundo mismo, el gran todo, el postulado de la identidad del poeta y del universo y no hay ninguna necesidad teórica de *aislar el mismo del mismo* y detener el movimiento perpetuo si no es por razones secundarias de fatiga, sofocación. Esa inspiración natural, esa inocencia, esa pereza mental, esa diarrea del espíritu, repugnan a Baudelaire, a Rimbaud, a Mallarmé; “la mujer es natural, luego, es infame” escribía Baudelaire; no hubiera pensado de otro modo de la inspiración natural, sin tachaduras, de los surrealistas. Algo se oculta, pues, bajo la “vulgaridad” de Baudelaire. ¿Qué?

Se oculta una concepción metafísica y religiosa del mundo. Clara y profunda en Baudelaire. Atormentada y atormentadora en Rimbaud. Empírica en Mallarmé. Esos grandes tachadores

por excelencia viven en un mundo mental en el cual el espíritu agobiado por no se sabe qué pecado, se da a la vez como nostalgia de una inocencia primera y como abandonado por esa misma inocencia. Todo ocurre en ellos como si, estando en la poesía el lugar de la ruptura, del derrumbe y también del remordimiento, de la nostalgia de lo *que fué antes*; la poesía fuera en el hombre la cicatriz mal cerrada del pecado original. Lo que en otro tiempo había sido ofrecido liberalmente, lo que se encontraba en estado de libertad, de inmediación, sólo se obtiene hoy de manera mediata, con el sudor de nuestra frente, y gracias a un acto obstinado, laborioso, cotidiano. Sería hermoso que la inocencia fuera de *este mundo*; ¡ay! no es así; no está sino en el término de un acto de fe que lucha como una loca para obtenerla, de un acto de fe que nos libera del pecado, de ese pecado que son nuestros ideales de conocimiento, nuestras teorías, nuestra certeza de poder adquirir, por nuestros propios medios, el sésamo ábrete que nos dé acceso a las maravillas.

Un estudio de poesía comparada no dejaría de establecer que esa búsqueda de una Edad de Oro, de una inocencia primera fabulosa, “para ser escrita en páginas de oro”, que tanto nos ha conmovido en Rimbaud, ha existido en todos los tiempos, en las raíces de toda poesía, y que lo que los hombres han amado siempre en la poesía, ha sido, según los términos mismos de Baudelaire: “el testimonio de una melancolía irritada, de una postulación de los nervios, de una naturaleza exilada en lo imperfecto, y que querría adueñarse inmediatamente, en esta tierra, de un paraíso revelado”. La certeza que nos aporta la poesía es exactamente la que Lord Byron afirma de manera expresa, repetida luego por Gérard de Nerval: “el árbol de ciencia no es el árbol de vida”. Y la humanidad, mientras corre enloquecida hacia los frutos del árbol de la ciencia, agradece al poeta, el cual también corre a su lado, que pierda de vez en cuando un poco de ese tiempo, que es

dinero, sólo para volverse un instante, con pena, hacia el árbol de la vida. Es en esos momentos, únicos, de vuelta a un estadio infantil, que la vena poética hace encontrar a un Kierkegaard por ejemplo, la intuición fundamental de que: el pecado se opone no a la virtud, sino a la fe.

La poesía es el punto mismo — espiritual — en que el pecado tiene la nostalgia de la fe. Pero “para nosotros, nacidos en días de revolución y de tormenta, en que todas las creencias han sido destruídas — escribe Gérard de Nerval en *Aurelia* — es muy difícil reconstruir el edificio místico del cual los inocentes y los simples admiten en sus corazones una imagen bien trazada. El árbol de ciencia no es el árbol de vida”. Sin embargo; ¿podemos rechazar de nuestro espíritu lo bueno y lo funesto que tantas generaciones inteligentes han vertido en él? La ignorancia no se aprende. Gérard de Nerval escribe sin duda inmediatamente después: “Tengo más esperanza en la bondad de Dios” y más adelante: “No hay que menospreciar tanto la razón humana” y aun: “¿Qué he escrito? ¡Blasfemia!” Lo cual prefigura para nosotros las postulaciones contradictorias del terrible debate que será *Une Saison en Enfer*. ¡Pero el paso adelante está dado! De Gérard a Rimbaud, pasando por Baudelaire, la poesía querrá apoderarse del árbol de vida, inmediatamente y en esta tierra, con el precioso concurso del árbol de la ciencia. No puede ir deliberadamente al árbol de ciencia porque dejaría de ser poesía; pero la ignorancia no se aprende; ya no podrá satisfacerse con el árbol de vida solamente. A partir de ahí la poesía se *integra con una aventura metafísica* que conduce al fracaso prometeico de Rimbaud.

Algún día habrá que reconocer que Rimbaud cierra un ciclo. Después de él los valores se desplazan, la tensión está agotada, el conflicto deformado. Se ha producido la confusión de lenguas. No es que la nostalgia haya desaparecido de la poesía; todavía está ahí; pero situada infinitamente más abajo. Evidentemente los

surrealistas, lo mismo que Rousseau, su verdadero maestro, han tomado a pecho lo de probar la idea mecanista de la inexistencia del pecado. Pero no serían poetas si no manifestaran de una manera o de otra la postulación fundamental de toda poesía: *la nostalgia del paraíso perdido*. No pueden menos de expresar su nostalgia de una inocencia primera. Algo se ha ganado. Pero “la ignorancia no se aprende”; ya no pueden manifestar el pecado (*). Hacen, pues, como si la inocencia existiera, como si fuera, no una dimensión trascendente sino una dimensión inmanente de nuestra conciencia y se hacen del mundo exterior y del mundo del espíritu una imagen mental que no opone ninguna resistencia, un lugar perfecto en el que no es necesario ganar el pan con el sudor de la frente, ni parir con dolor. La nostalgia subsiste, pero baja, miserable, mezquina, buscando una adecuación al alcance de la mano, implorando la buena voluntad de una técnica, el socorro de un *procedimiento*. El hombre está reducido a solicitar al hombre, ¿qué digo? a solicitarse a sí mismo. La mitad del ser implora a la otra mitad. La experiencia de lo real — que no tiene nada que ver con las ciencias de la experiencia de lo real — se ha encargado de engañar a Rousseau: el hombre no es ni inocente ni bueno *por naturaleza*. Esta misma experiencia se encargará de desinflar el globo de ensayo surrealista: la inocencia no es *primera* en nuestro mundo, el dictado automático no nos vuelve a las fuentes de lo primitivo; el primer chispazo poético no es ni inocente ni bueno. Esas entelequias de Aristóteles, esas tendencias primeras y primitivas no llegan sino después de un arduo esfuerzo, al final de una larga batalla.

Mais hélas! Ici-bas est Maître!

decía Mallarmé, que quería huir con sus dos alas implumes a ries-

(*) Pero suprimido el pecado, será necesario substituirlo con un concepto cuyos efectos sean idénticos: la Necesidad, el Fatum.

go de caer durante la eternidad. Aquí abajo el pecado es primero, primeros son los “vómitos impuros de la estupidez”. La entelequia es de la familia de los gases raros: no se les encuentra en estado bruto; se nos presentan como “heterogeneidad de componentes”. La Física busca en vano cuerpos simples, átomos irreducibles; no sospecha que los cuerpos simples, los átomos puros sólo se encuentran *más allá del pecado*.

He dicho antes que Rimbaud, como Baudelaire, trabajaba, trituraba, tachaba sus poemas, y que tenía, él también, y en el más alto grado, el pánico del pecado original. Es cierto. Pero no es menos cierto, y no lo oculto, que fué el primer poeta que quiso *suspender* el pecado original, el primer poeta que quiso restablecer la inocencia, la inspiración total en su primer grado, que ha querido devenir un Dios *por sus propias fuerzas*. No os enseñe nada nuevo al decir que él fué el primer poeta surrealista; y tampoco he de sorprenderos al decir que fué el último. Esa “experiencia” empieza con él y acaba con él; después de él ya no es una experiencia poética — o, si preferís, no es más que una experiencia poética, una experiencia teórica.

Pienso que conoceréis los *antecedentes* y las *consecuencias* de la experiencia del vidente. Antes, es el odio de ser cristiano, el pecado; después: “venían los terrores... no podía continuar... estaba mal”. El entredós es la negación del mal, del pecado, del bautismo, Rimbaud se reconoce intacto, es hijo del Sol, desemboca en lo Desconocido, tiene visiones *reales*. Pero no es la Gracia lo que le pone en ese estado; Rimbaud no hace sino darle un *desenvolvimiento metafísico enorme* a un *procedimiento* bien conocido de los Poe, de los Baudelaire, de Quincey, de muchos otros; procedimientos que consisten en obtener *gracias a una droga*, con un estimulante externo, una intensificación extraordinaria de la conciencia, de la facultad de visión. Es decir que para Baudelaire, por ejemplo, la droga es la excitadora de una facultad *del mismo*

orden, si no del mismo grado y la misma naturaleza, que la que impele al poeta a retocar sus manuscritos; un instrumento que permitiría obtener la *misma cosa* pero *ir más rápido*. Así la intoxicación por el protóxido de ázoe sumerge a William James en el universo del pensamiento hegeliano provocando “una intensidad extraordinaria de la visión metafísica”. Acontece como si la conciencia, y sobre todo la subconciencia, tan poco, tan difícilmente reducibles al lenguaje, se encontraran forzadas a entregar por medio de una intoxicación deliberada, lo que, — por definición — rehusan a la facilidad y aun a la inspiración total del dictado automático. Pero Baudelaire pronto se da cuenta de que la droga “descompone las condiciones primordiales de su existencia”, que la voluntad gasta la “visitación”, la “gracia”, que ya es otro, pero *no se hace otro*, en una palabra que no se puede *forzar a Dios por medio del pecado*. No es la idea de Rimbaud. ¡Vaya una droga, que sólo serviría para agrandar el campo poético! Lo que necesita es el árbol de la vida, a cualquier precio, aun al precio de la poesía misma! El pecado es su instrumento: Yo, Yo, Yo, Yo, clama, y el otro, a pesar de él, se apodera de él, primero dulcemente, después violentamente, después tan violentamente que Rimbaud siente crujir sus huesos, pierde el aliento, no puede más: “venía el terror... estaba mal...” Y Rimbaud siente que sus alas se funden como azúcar, y cae en el albañal del cual no se levantará jamás.

No es éste el lugar de desenredar todas las contradicciones que se disputan la teoría que Rimbaud nos ha dejado en su carta del Vidente. Empieza por: “Yo es otro” y continúa: “Si el cobre se despierta clarín, no es culpa suya. Eso me es evidente; asisto a la eclosión de mi pensamiento; la miro, la escucho; doy un golpe de arco; la sinfonía se mueve en las profundidades, de un salto está en la escena”. Está claro que Rimbaud llega ahí a la esencia de la poesía; defiende resuelta y osadamente la irrespon-

sabilidad total del poeta; se atiene a la pura descripción de un estado de hecho; el poeta es eso y no otra cosa. Cuando escribe: “Yo es otro”, no le pidáis informaciones sobre el Otro: él no sabe nada. Mira, escucha, dice lo que ha visto; y ha visto que en ese *estado pasivo*, egoísta, del poeta que deja de ser “yo”, *de un salto se está en la escena*. El poeta es, pues, un poseído, un instrumento en manos de un demonio, la poesía se produce sin el consentimiento del poeta, en las tinieblas.

Bruscamente, sin transición alguna, punto y aparte, y Rimbaud pasa de la descripción del estado poético tal como es, a una teoría del estado poético *tal como debería de ser*. El poeta ya no es más un cobre que se *despierta clarín*; ya *no asiste* a la eclosión de su pensamiento; la sinfonía ya no viene *de un salto* a la escena. Pues ahora el poeta *se hace* vidente, *se crea* un alma monstruosa, *se injerta* verrugas en el rostro. El Yo no es más el otro; *se hace* el otro. Ahora Rimbaud exige del poeta que se haga el alma monstruosa; que proceda a un largo, inmenso y razonado desarreglo de todos sus sentidos, que busque las inefables torturas, la fe sobrehumana, que estalle en su abalanzamiento hacia las cosas inauditas e innombrables... Aunque lo que Rimbaud exige del poeta es un acto positivo, heroico, y no puramente perezoso, negativo, como el de los surrealistas, una teoría no deja de ser una teoría, quiero decir una conciencia *fría* empeñada en sacar partido de su contraria — y sin duda Rimbaud ha estado a punto de fracasar por eso mismo en su intento poético. Si no ha fracasado y si nos ha dejado grandes poemas, es porque, evidentemente, parte de la poesía; pero la olvida en el camino, la desprecia, la desdeña. Más fuerte que su teoría, más fuerte que su voluntad es la pasión que arrastra a Rimbaud; lo solicita, lo acicatea, le hace *realmente* buscar las torturas inefables, estallar en su abalanzamiento por las cosas inauditas. Si Rimbaud hubiera querido simplemente dar a luz una nueva teoría de la poesía, indu-

dablemente habría *malogrado* su poesía. Pero se le dará la poesía puesto que lo que él quiere no es poesía sino la “verdadera vida”; es esa verdadera vida por consiguiente la que se malogrará, total, irreparablemente, hasta caer fuera de la poesía *en lo real*. Espantosa vorágine que lo devora vivo, miserable a quien las ratas han roído hasta el rostro. ¡Edipo, anda! Escribirás bellos poemas, cuyo recuerdo fatídico te perseguirá toda tu vida; ese será el testimonio irrefragable de tu pecado. Rimbaud no puede, pero... Roe sus cadenas doradas. En vano grita: Yo, Yo, Yo, Yo, *a pesar suyo* el cobre se despierta clarín, yo es otro, la sinfonía da un salto a la escena. A pesar suyo atraviesa la poesía, a pesar suyo, sale de ella. Su extraña aventura nos plantea un doble problema (y sólo hablo aquí de poesía): ¿posee el poeta absolutamente todos los elementos que necesita su poesía, o más bien: ¿le basta su libertad? Y segundo problema: ¿en qué medida estaría obligado un poeta — para cumplir perfectamente su misión — a fracasar con relación al fin que se propone alcanzar? Pues no hay duda, es urgente no triunfar; después de haber arriesgado todo, expuesto todo para que el esfuerzo tuviera buen éxito. La virtud del poeta es atreverse a lo imposible; su *valor*, fracasar a menudo en su intento. Las cosas más grandes de un poema han de ser aun los desfallecimientos del poeta. Y ahora, es necesario concluir, pues todo tiene un fin; y debo confesaros francamente que detesto las conclusiones. ¿Os diré: tachad, amigos míos, tomad drogas? ¿Os diré: no tachéis, evitad la droga? ¿Os aconsejaré hacer poesía o solamente poemas? ¿Os explicaré *de qué está hecho* el poema y por qué escribe uno? ¿Aplacaré vuestras conciencias atormentadas con soluciones de azar, arte por arte, realismo socialista, torre de marfil? ¿Os diré en una palabra: sed “esto” o “aquello”? ¿Esto más bien que aquello? ¿Esto o la mayor excomunión? ¿Esto o la mofa de la dialéctica?

El hombre es el único ser que tiene la capacidad de verse tal

cual es, es decir *diferente a lo que es a los ojos de su razón*; el único ser que tiene la formidable facultad de no estar reducido a creer que lo que él ve, toca y mide, es lo *único existente*. Y sin embargo aunque estemos y nos movamos exclusivamente en la imaginación, toda la historia de la civilización no es sino un trabajo grosero de maquillaje de esta razón de ser, un trabajo de *transposición en fines más nobles*. Os he dejado ver tal vez que las pretendidas verdades físicas, materialistas, no eran sino verdades puramente especulativas; pero habéis podido creer que la verdad especulativa no es sino un ajuste del hombre a la realidad percibida, que el milagro y lo arbitrario no eran defendidos sino en su calidad de *inadecuados a lo real*. La verdad es otra ¡ay! y me será difícil desarzonar aquí el pretexto noble — ¡el más noble que ha podido encontrarse! — de conocimiento; pues tras la pretendida objetividad del pensamiento especulativo se disimula, solapado, — ¡taimado hasta el punto de negarse cínicamente! — el pensamiento ético. Esa es la extraña verdad: no se le tiene inquina al milagro, a la poesía, a la imaginación, porque “falsos”, porque “error de los sentidos”, sino porque “inmorales”. Inmoral la belleza, inmoral la imaginación, inmoral el milagro: es esa inmoralidad la que se disimula bajo el puro concepto de lo arbitrario. Indudablemente, la vida también es inmoral, pero ha sido absolutamente necesario cerrar los ojos ante tal cosa; y no obstante, véase el desprecio unánime que se profesa respecto del sentimiento, de lo subjetivo, de lo afectivo, del instinto, de la pasión, de la carne; esas son cosas bien reales, sin embargo! Tal es, en análisis final, el pensamiento del esquizofrénico; sabe que la belleza de la rosa es tan *real* como sus hojas, sus pétalos, sus espinas y sus tallos; pero sólo la belleza es inmoral. El esquizofrénico de Caillois, también él, no es sino un platónico que se ignora...

No es mi intención provocar vuestro desprecio por la experiencia del esquizofrénico, ni, con mayor razón, negar al esquizo-

frénico el derecho a fundar una metafísica sobre esta experiencia, o como lo dice él, una física. Pero mientras a vuestro propio parecer esa rosa, ese sufrimiento, esos misterios, esas tachaduras sean *reales*, negad a quienquiera que sea el derecho de obtener de vosotros forzosamente, por intimidación, la confesión de que no veis en eso sino una "heterogeneidad de componentes", quiero decir, algo moralmente condenable. ¡No hagáis caso de las acusaciones de inmoralidad, reíd de las acusaciones de estupidez! ¡Evitad la poesía "noble", no temáis que sea impura! Toda técnica propuesta por el intelecto, toda dignidad ofrecida no es sino un ardid de la moralidad. Ninguna "técnica" producirá jamás ni la belleza ni la vida.

Sabed que no tenemos que buscar la poesía, pues es ella quien nos busca; no tenemos que desearla, pues ella nos desea. No hay dialéctica que tenga poder sobre la poesía; es la poesía quien lleva atraillada a la dialéctica, le hace hacer esfuerzos. Ningún hombre puede modificarla; pues ella modifica a los hombres. ¿Es grito, oración, acto mágico? Que aquel para quien es grito, grite; y que ore aquel para quien es oración; que se haga hechicero o profeta aquel que ve en ella un acto mágico. ¡Si podéis vivir una doble vida, si las verdades especulativas del esquizofrénico no os molestan, no turban vuestra fuerza vital, y bien, tanto mejor! ¡Pero si esas verdades estorban vuestra poesía, vuestra vida, negadlas, no vaciléis, negad! Se juega algo mucho más importante que ser o parecer tontos, primarios e ignorantes. No se puede quitarnos la belleza y dejarnos vivos, no se puede quitarnos nuestra vida y decirnos: "por lo menos satisfacéis en el rigor". La poesía no es una corbata o un lunar postizo, algo *agregado*; aun "bestial" o simplemente "fisiológica", *la poesía es nosotros*. Si el esquizofrénico especulativo continúa no pudiendo o no queriendo asir la belleza que está en nosotros y fuera de nosotros, compadez-

cámosle, pues es digno de compasión. Compadezcámosle, aunque conozco mejor *colocación* para nuestra piedad.

...Pero evitemos frecuentar personas que no creerán en la belleza, en la imaginación, en el sufrimiento, aun cuando ellos mismos hubieran podido aislarlos en una probeta, fotografiarlos y medirlos. No tomemos jamás el *partido* del esquizofrénico, que “quiere elevarse más alto que Júpiter”.

París, 1937.

BENJAMIN FONDANE

E L C U A D E R N O

ERA un día patrio. Su marido había ido a ver desfilar los soldados. Las calles estaban embanderadas y de todas las casas se oían músicas marciales. Era también un día sin horas. Habían almorzado a las once y media para no perder el desfile. El cielo estaba tormentoso. “Pobres soldados, tener que desfilar con este día”, repetía Ermelina de Ríos encendiendo la luz. Por más que levantara las cortinitas de la ventana, el cuarto quedaba en tinieblas. Afuera caía una lluvia finísima.

Ermelina cosía siempre frente a la ventana los días de fiesta. Remendaba las camisas, zurcía las medias. Pero esta vez Ermelina cosía un vestido para cuando estuviese más delgada. El cuarto estaba en desorden, había retazos de género en el suelo, alfileres, papeles recortados. La puerta que comunicaba con la pieza vecina estaba abierta. Ermelina alzó los ojos y miró la cama de matrimonio; era de bronce dorado; un ramo de flores en el centro de la cabecera se entrelazaba con los barrotes por medio de una cinta. Esa cama era el testimonio de su felicidad. Se la mostraba siempre a sus amigas y a las amigas de sus vecinas. Era el regalo de bodas que le había hecho Mlle. Elise, la dueña de la casa de sombreros donde ella trabajaba. Hacía quince años que trabajaba en esa casa, y era sin duda la mejor oficiala. Las alas de los sombreros se plegaban debajo de sus manos como por encanto; las

cintas, las plumas, los moños y las flores obedecían a sus manos, complacientes. Lo mismo el sombrero de fieltro, o el de paja de Italia, lo mismo el panamá de papel o el verdadero panamá se formaban mágicamente bajo sus manos. Mlle. Elise la adoraba. Cuando algún admirador le mandaba flores no había vez que Mlle. Elise no le diera a ella dos o tres de las más lindas, en el momento en que Ermelina se iba del taller. Pero Mlle. Elise no la quería a ella sino a su habilidad, no la quería a ella sino a los sombreros que salían de entre sus manos como pájaros recién nacidos. Desde que se había casado, Mlle. Elise le hablaba de mal modo, los sombreros estaban mal planchados, las clientas se quejaban, Mlle. Elise movía una mano amenazadora. “Ya te dije Ermelina, ya te dije que no te casaras. Ahora estás triste. Has perdido hasta la habilidad que tenías para adornar los sombreros” y sacudiendo un sombrero adornado con cintas añadía con una pequeñísima risa que parecía más bien una carraspera, “¿Qué significa este moño? ¿Qué significa esta costura?” Ermelina se quedaba muda, era su manera de contestar. No estaba triste. Hasta entonces había tratado los sombreros como a recién nacidos, frágiles e importantes. Ahora le inspiraban un gran cansancio que se traducía en moños mal hechos y pegados con grandes puntadas que martirizaban la frescura liviana de las cintas.

“Cuando sienta los primeros dolores venga en seguida a la Maternidad” le había dicho el médico. “Me parece que le faltan pocos días”.

Ermelina sentía su hijo moverse dentro de ella. Sentía que se encogía, que se estiraba caprichosamente dentro de ella como en una cuna recién estrenada. Creía ver la forma de los piececitos desnudos y de las manos de muñeca.

No estaba sola en ese cuarto trío.

Alguien golpeaba la puerta, alguien venía siempre a interrumpir las largas conversaciones con su hijo que era a veces un muchacho de veinte años con un traje gris rayado, a veces de doce años y otras veces un recién nacido. Siempre lo veía vestido de hombre, de niño o de bebe pero nunca tenía rostro. Ermelina dejó la costura, hizo pasar a la vecina que llegaba con sus dos hijos. La hizo sentar en la silla preferida de hamaca mientras ella volvió a sentarse en la pequeña silla de costura. Los chicos se arrastraban por el suelo. Eran chiquitos y morenos con las mejillas muy paspadas.

“Cumplo con mi promesa; aquí le traigo los cuadernos de mis hijos. Pobrecitos, es el primer año que van al colegio” dijo la vecina abriendo los cuadernos y dándoselos a Ermelina. Entre cada página de palotes habían figuritas pegadas; ramos de rosas y no me olvides, manos entrelazadas, palomas, niños, animales, banderas. Ermelina daba vuelta las páginas del cuaderno. “Qué bien. Qué estudiosos son sus hijos, señora” repetía en cada página hasta que se detuvo en una donde había la carita de un chico muy rosado, pegado entre un ramo de lilas. “Así quisiera que fuese. Así quisiera que fuese mi hijo” repetía Ermelina indicando con la mano la imagen brillante. “Me ha dicho mi tía que en los meses de preñez, si se mira mucho un rostro o una imagen el hijo sale idéntico a ese rostro o a esa imagen”. “Dicen tantas cosas” suspiró la vecina, y agregó con una pequeña sonrisa: “No es porque sean míos, pero mis hijos son bien lindos y durante los nueve meses del embarazo se puede decir que no he visto a nadie, ni mirado a nadie, ni siquiera en revistas, ni siquiera en figuras. En aquella estancia en La Pampa no teníamos radio. No teníamos otra música

que la música de los eucaliptos. Yo estaba reclusa en las habitaciones todo el santo día haciendo solitarios. Qué vacaciones fueron aquellas. No me las olvidaré nunca” y diciendo esto agarró el cuaderno que Ermelina le tendía para mostrarle el rostro del niño rosado. De repente Ermelina vió que el menor de los hijos de la vecina se parecía extrañamente a la sota de espadas, era una especie de hombrecito pequeño aplastado contra el suelo, vestido de verde y rojo. El otro parecía un rey muy cabezón con una copa en la mano donde bebía una cantidad incalculable de agua. Habían sembrado el suelo con los útiles del colegio y jugaban a la guerra con unos sacapuntas en forma de cañoncitos.

La vecina mirando la figura comentó: “Tiene la nariz demasiado respingada, y además tiene mota como un negro” Ermelina sacudió la cabeza, “Es un niño precioso”; alzó los ojos triunfantes, “Así quiero que sea mi hijo”. Hasta entonces no sabía cómo tenía que ser su hijo, rubio o moreno, de ojos azules, verdes o negros. ¿Parecido a quién? No lo sabía, y ahora había encontrado la imagen. “¿Me presta este cuaderno, señora? solamente hasta esta noche”. La vecina consintió sonriendo y se despidió de Ermelina dejándole un beso pegajoso en cada mejilla. Los dos chicos salieron del cuarto arrastrando los pies.

Ermelina volvió a sentarse con el cuaderno entre las manos; estudió la imagen minuciosamente, luego la dejó sobre la mesa y tomó la costura. Pero no había cosido ni cuatro puntadas cuando empezó a sentir un dolor y después otro, eran como relámpagos espaciados pero puntuales. Se levantó de la silla, seguramente era el chico que estaba por nacer, lo sentía en su vientre como en un cuarto oscuro, golpeando contra la puerta con insistencia. Se puso un abrigo y ató un pañuelo alrededor del cuello. Agarró un

lápiz y un papel donde escribió en letras muy temblorosas: *El niño está por nacer, me voy a la Maternidad, la sopa está lista no hay más que calentarla para la hora de la comida, la figura que está en la hoja abierta de este cuaderno es igual a nuestro hijo, en cuanto la mires llévale el cuaderno a la señora Lucía que me lo ha prestado.* Prendió el papelito con un alfiler sobre la colcha de la cama, puso al lado el cuaderno abierto, apagó la luz y salió del cuarto.

Atravesó los corredores oscuros lentamente. Bajó las escaleras empinadas con miedo de caerse; se prendía de la baranda. En la esquina esperó el ómnibus. Llevaba apretada en su mano la recomendación para el médico. El trayecto era largo. Parecía que el conductor del ómnibus no tenía apuro como otras veces, parecía esperar una novia en todas las esquinas, miraba de derecha a izquierda y hablaba solo. Ermelina pensó que iba a tener el hijo allí mismo, tan fuerte seguía golpeando y con tanta impaciencia. El tráfico estaba interrumpido, los dolores se seguían como cuentas de un rosario interminable. Por fin se detuvo el ómnibus, no había que caminar más que unos cuantos metros para llegar a la Maternidad. Ermelina se bajó con dificultad, caminaba ligero y en el esfuerzo que hacía para no separar demasiado las piernas, llevaba una extraña cadencia de baile. Subió los escalones larguísimos y blancos de la Maternidad con una luz constante de amanecer. Las enfermeras la rodearon, la llevaron de sala en sala, luego la estiraron sobre una cama. Vió muchas estrellas rojas y azules adornando gigantescos sombreros en lo de Mlle. Elise, rompió las cintas de adorno con los dientes; eran sábanas ásperas de algodón que le hicieron sangrar los dientes. La negrura del cuarto se llenaba de filamentos deslumbrantes y de gritos. Y después no tuvo más conciencia. Nadaba en un lago sin agua y sin orillas, hasta que llegó

a la ausencia del dolor que fué una gran desnudez pura y diáfana. Se había sentido como una casa muy grande y muy cerrada que hubiesen de pronto abierto para un solo niño que quería ver el cielo.

Despertó en la camita blanca y repetida como en un cuarto de espejos. Un cuarto larguísimo repleto de camitas blancas todas alineadas. La enfermera se asomó sobre su cama “Señora mire lo que le traigo”, y entre envoltorios de llantos y pañales Ermelina reconoció la carita rosada pegada contra las lilas del cuaderno. La cara era quizás demasiado colorada, pero ella pensó que tenía el mismo color chillón que tienen los juguetes nuevos para que duren mucho tiempo de mano en mano.

SILVINA OCAMPO

NOTAS

PLAGAS

LA LANGOSTA Y LOS "GANGSTERS" DE LAS EDICIONES CLANDESTINAS

Repugnante y triste espectáculo el de la langosta instalada en un jardín cuya belleza devora. Un jardín es la imagen, hasta cierto punto, de lo superfluo, de ese superfluo del que resulta tan duro, tan casi imposible prescindir. Pues lo superfluo no es a veces (y estas son las veces en que se vuelve indispensable) sino la belleza misma. Se respira mal cuando se nos priva de belleza; pero no se respira, simple y llanamente, cuando se nos priva de pan. Hay que rendirse a la evidencia. Por eso, si la langosta, devorando un jardín entero, nos parece un espectáculo repugnante y triste, cuando procede de igual manera con campos sembrados sentimos como un terror.

Estos días, desde las barrancas de San Isidro, donde vivo, he estado observando, en unos terrenos del bajo donde cultiva legumbres — chauhachas, creo — un verdulero amigo, los estragos de esta plaga. Desde muy tempranito un ruido de tambores, pero de tambores tocados por quien no sabe tocarlos y que se empeña en aprenderlo, entraba en mi sueño. Y en esos instantes indecisos del despertar ese ruido me trastornaba las estaciones. Me empujaba, me hacía retroceder hasta el julio y el mayo de las fiestas patrias y, si me descuidaba, hasta mi infancia, hasta la casa vieja de mi bisabuelo, en la calle Florida y hasta los soldados que por allí desfilaban en aquella época. Me disponía a correr hasta la ventana de reja para admirarlos. Pero al abrir a medias los ojos se desvanecía el

sueño. La distancia y los años (el tiempo y el espacio) abolidos en el dormir recobraban su aspecto de realidad incommovible, sólida como las latas vacías de nafta que sirven de tambor a mi vecino y como las chauchas que defiende. Pues mi vecino vive de que los demás coman sus chauchas, siempre que “los demás” no sean langostas. De ahí su lucha encarnizada. Desde la barranca sigo las peripecias de esa lucha. Toda la familia participa en ella, armada de diferentes maneras. Unos con cañas a cuya extremidad cuelgan pedazos de arpillera que agitan (banderas desafiando al enemigo). Otros dando golpes sobre latas. Avanzan en procesión entre las chauchas. En polvareda, las langostas levantan el vuelo para dejarlos pasar y vuelven a asentarse detrás de ellos. El ataque de este pequeño ejército ha servido sólo para interrumpir el incansable banquete que sigue su curso inmediatamente.

¡Qué plaga!

Miro estas langostas pegadas en los troncos de los árboles, amontonadas al sol en los caminos. Parecen ramitas secas cuando la luz no las hace brillar. ¡Y esa manera torpe de volar a ciegas y dejarse caer con todo su peso! ¡Y ese aspecto y ese sonido de estar fritas en aceite! ¡Qué plaga, qué plaga!, repito. Y esta palabra se ensancha y al recorrerla me alejo de las langostas y paso a Egipto (esas diez plagas de que nos hablaba “Mademoiselle”, al margen de la “Histoire Sainte”); y de Egipto paso (por andar en los alrededores, sin duda) a Palestina. Y en Palestina, de la misma manera que los avisos luminosos, se enciende un nombre de ciudad: “Gaza”. Y este nombre me trae, después de pasar por Inglaterra, a una calle estrecha de Buenos Aires. Y en esta calle estrecha a una casa, a un libro, a un título: *Eyeless in Gaza*, y a una advertencia que me espera frente a él: “La edición pirateada de este libro acaba de aparecer en Chile”.

¡Qué plaga!, qué plaga!, repito. Pero no pienso ya en la langosta.

¡Qué plaga esta de las ediciones fraudulentas y qué vergüenza para nuestro país y para las demás repúblicas sudamericanas que la han convertido en industria nacional!

Al frente del próximo libro, *Vida e Historia*, de Marañón, figurará, para desautorizar una edición fraudulenta que se ha hecho con parte de

los materiales de dicho libro, el siguiente párrafo, extraído de una carta del autor: “Una vez más protesto de que puedan seguir cometándose impunemente estas violaciones al derecho de propiedad más sagrado, que es el intelectual, y, sobre todo, que se produzcan sin la sanción inmediata de la ley y de la conciencia pública”.

¿A qué se debe el que tengamos que oír reproches semejantes? Hay cosas en que la indiferencia y la inercia son criminales. Y es hora ya de proclamar que lo de las ediciones fraudulentas no merece más nombre que el de *robo escandaloso*, protegido y amparado por una ley deficiente. Para defenderse de él los pocos (una vez más “the unhappy few”) editores honrados que pagan religiosamente los derechos de autor y que se esmeran en dar al público buenas traducciones (si se trata de libros en otros idiomas) no están mejor armados que mi amigo el verdulero para defender sus chauchas de la langosta; mi amigo el verdulero que agita banderas de arpillera y toca el tambor en latas vacías de nafta. La langosta se le ríe en la cara, como los traficantes de ediciones clandestinas se burlan de los editores honrados. Se burlan, pues los editores honrados nada pueden contra los que no lo son, porque la red que echan sobre ellos tiene agujeros por donde se escapan con la mayor facilidad. Esta red ineficaz es la Ley de Propiedad Intelectual.

Un ejemplo: dicha ley impone la obligación de inscribir los contratos de traducción dentro del año de la publicación. Pero legaliza *las ediciones no autorizadas* que se hayan publicado dentro del período de *no inscripción*. Forma indirecta, como se verá, de fomentar las ediciones clandestinas. Según nuestro criterio, la ley no debe en ningún caso autorizar la publicación de ediciones *no autorizadas*. Esto equivale a amparar el robo.

Hay jueces que sostienen que el delito de piratería editorial no es equiparable al de defraudación. Opinión que nos resulta inconcebible.

A los cinco días de ponerse en venta en Buenos Aires “Retoques”, de Gide, circulaba una edición fraudulenta con el pie de imprenta — falso — de Montevideo y con idénticas tapas. A pesar de todos los esfuerzos que hicieron los editores legales y a pesar de haber recurrido a la ley, la edición fraudulenta siguió circulando y no hubo sanción posible contra quien la hizo.

Los editores chilenos, como saben todos aquellos que están algo familiarizados con estos asuntos, son los reyes del pirataje editorial. Pero se da el caso curioso de que en la actualidad los libros extranjeros que se introducen en Chile deben *pasar por la Aduana y pagar derecho de introducción*. El derecho es pequeño, pero los inconvenientes son grandes, pues la oficina de Control de Cambios de Chile *obliga a pagar por anticipado* el valor de los libros y sin este requisito no permite que salgan de la Aduana.

Ahora bien: el tomar medidas análogas y aun medidas contra la introducción de libros chilenos en la Argentina — hasta que no se haya implantado en aquel país una ley de propiedad intelectual eficiente — se vuelve imprescindible para nosotros. Los daños que causa el actual sistema son demasiado graves ya.

Entre los innumerables libros que han sido pirateados por ciertas editoriales chilenas (lo que constituye una pérdida seria para los editores y autores) figuran, de la editorial Espasa-Calpe: *Meditaciones suramericanas* y *La vida íntima*, de Keyserling; *El hombre y la técnica*, de Spengler; *Disraeli*, de Maurois; *Lujo y Capitalismo*, de Sombart; *Cultura femenina*, de Simmel; *Juana la Loca*, de Pfandl; un tomo de la monumental *Historia del Mundo*, de Walter Goetz, traducida por Morente, etc. De la Editorial Sur: *Tipos psicológicos*, de Jung; *La condición humana*, de Malraux; *Contrapunto* y *Eyeless in Gaza*, de Huxley; *Canguro*, de Lawrence; *Regreso y Retoques*, de Gide.

Todas las obras de Ortega y Gasset están en el mismo caso. Tomo por tomo se está rehaciendo la serie de *El espectador* y se ha llegado, inclusive, a inventarle libros a Ortega. Libros que nunca publicó y que editores incapaces han formado tomando artículos de aquí y de allá y reuniéndolos bajo los títulos de *Esquema de las Crisis* y *El poder social*.

Esto ya clama al cielo. Y, sin embargo, nosotros seguimos clamando en el desierto.

En estas repúblicas sudamericanas parece ignorarse que los intelectuales viven de sus obras, de su oficio y que, a menos de ser capitalistas, lo que no ocurre a menudo, no tienen otra fuente de ingresos. Parece ignorarse que esta fuente de ingresos no es, a menos de casos excepcionales, muy

abundante. Parece ignorarse, además, y esto es lo más lamentable, que si existe una propiedad sagrada es la del fruto del trabajo intelectual. Parece ignorarse, insisto; pues si no se ignorase, si no se hiciera por lo menos como que se ignora, el escándalo sería demasiado mayúsculo. Y pese a esta apariencia de ignorancia, lo es. Lo es para quienes tienen conciencia de lo que pasa.

Conozco escritores que están literalmente, así, como suena, contando los centavos que ganan para poder vivir. En Sudamérica, en estos países cuyo aporte podría aliviar esas penurias, se les explota, se les roba sin piedad, sin respeto y sin escrúpulos.

¿Es posible que semejante infamia (no hay otra palabra) se prolongue? ¿Es posible que la aceptemos de hecho? ¿Que nos contentemos con protestar de vez en cuando sin tratar de remediar las cosas con actos y no con palabras?

Tengo en mi poder cartas que desde hace años vienen escribiéndome los autores más geniales de Europa respecto a este problema. No hay uno que no se muestre sorprendido e indignado, sea rico o pobre, conservador o comunista. Todos ellos, se llamen Malraux o Keyserling, Ortega y Gasset o Gide, Huxley o Waldo Frank, opinan de la misma manera y se indignan del mismo modo. Y con cuánta razón.

Mientras tanto, los editores argentinos y honrados, desamparados por una ley que falla totalmente en la práctica, siguen, como mi amigo el verdulero, espantando la langosta con banderas de arpillera y ruido de latas. La langosta se les ríe en la cara.

Este no tomar en cuenta, este no respetar en lo más mínimo el fruto del trabajo intelectual, *la propiedad intelectual*, es un síntoma de lo más alarmante. Significa algo así como si la defensa contra la langosta existiera en nuestro país sólo por defender las cosechas, que no existiría si se tratara de defender las flores de un jardín, por ejemplo, o las hojas de los árboles que no son directamente comestibles. No olvidemos que antes que el naranjo en fruta tiene que existir el naranjo en flor; y a quien no cuida el azahar puede ocurrirle que, a fin de cuentas, se quede también sin aquello que cuida: la naranja.

No sólo de pan vive el hombre. Pero quienes nos dan ese pan espiritual de pensamiento y de belleza sin el cual poco vale la vida (yo diría *nada*), tampoco pueden vivir sin pan de panadería, y si fuera por los señores "gangsters" sudamericanos de las ediciones fraudulentas, a morir por falta de pan se verían reducidos los escritores geniales del mundo.

Que tomen esto en cuenta y actúen en consecuencia los señores legisladores. Se lo rogamos encarecidamente.

Gracioso resulta advertirles que una de las razones que invocan los señores "gangsters" para este robo amparado por la ley, es que resulta la única manera de difundir la cultura y ponerla al alcance de las masas. Esta forma de difusión de la cultura tiene un pequeño inconveniente, sin embargo (lo hago notar de paso). Mata de hambre a quienes crean la cultura. De ahí, sin duda, la opinión, bastante vulgarizada entre las gentes sudamericanas, inclusive entre algunos diputados argentinos que le han dado voz con motivo del Congreso de los P. E. N. Clubs, que el escritor es un muerto de hambre. Algo de eso hay. Y así será, para mayor vergüenza nuestra, mientras la ley ampare indirectamente al "gangster" que ataca el derecho de propiedad más respetable, más sagrado: el que es fruto del trabajo intelectual.

VICTORIA OCAMPO

(De *La Nación* de Buenos Aires, 11|XI|1937).

LETRAS HISPANOAMERICANAS

“HISTORIA DE UNA PASION ARGENTINA”

Creo que no se puede abarcar completamente el sentido de esta *Historia de una pasión argentina* (*), si no se capta primero la relación *cíclica* que la liga al *Nocturno europeo*. Y al revés, es claro. Para que el alma despertara a esa pasión, era necesario que hubiera pasado antes por las angustias de aquel nocturno. En el sentido más patriótico, psicológico, y anecdótico, la relación que existe entre ambas obras, es la que va de una ausencia a un reintegro, de un haber estado fuera a un encontrarse de vuelta. Sólo que el retorno no es aquí un vegetativo hallarse de nuevo en querencia, sino un doloroso despertar a la conciencia de sí, de su autenticidad. El hijo pródigo regresa a *su* centro, pero herido de un duro aprendizaje de la vida en que anduvo disperso. El nocturno fué la súbita experiencia del propio desencuentro; la ceguera, peor que ninguna, de un no alcanzar de pronto a *verse* en el torbellino del mundo. De sentirse perdido entre todo. Horrible purgatorio, pero del que el alma emergería al fin curada de ilusiones falaces, de falsas embriagueces, desengañada; purgada de “ausentismo”, y persuadida de que el camino de última salvación debe comenzar siempre por la busca de sí mismo. Pues “no hay más que un modo de tener Dios, y es llevarlo adentro” (p. 219). Es decir: no hay más que un modo de dar con Dios, y es el encontrar el que uno lleva dentro.

Sí, es la conexión de ambas obras lo que revela el alto pensamiento cíclico en que están enlazadas. Y sólo por esta conexión, y en la perspectiva del gran ciclo moral que proyectan, es perceptible la verdadera dimensión en que han sido concebidas; y el no discernirla podría conducir a una errónea estimación de sus valores esenciales. Su forma li-

(*) Editorial SUR. Buenos Aires, 1937.

teral, semejante por momentos a la de todas las novelas introspectivas y autobiográficas hechas en tiempo de "Yo", podría inducir en error al juicio espontáneo, y hacer que se las crea de primera intención una de tantas "confesiones" personales típicas de nuestra época, con que ciertas conciencias se desahogan de desorientación o de honda soledad histórica. Acaso es, en el momento, el género burgués por excelencia, y corresponde a cierto estado de alma sin salida en que han sido precipitados, por el brusco juego de la realidad contemporánea, muchos de los que vivieron en dulce catalepsia hasta ahora. Las obras de Mallea son otra cosa: El problema personal subjetivo tiene un sentido de escorzo simbólico de un problema mayor. Están hechas en "Yo", para una sindicación primaria indispensable en un movimiento de conciencia, no para un simple rescate egoísta. Contra las apariencias formales inmediatas, la reflexión sobre sí persigue aquí el desnudamiento del núcleo final en que uno puede reconocerse "objetivamente", en que uno se reconoce el carozo vivo, la semilla de destino superior que es. Comprendámoslo: si el fruto fuera capaz de reflexión, podría darse cuenta de que tiene adentro una semilla; pero tendría que advertir que si es suya porque la lleva adentro, ella pertenece también al nuevo ente que debe brotar de su desenvolvimiento. La mera "confesión" de que uno lleva adentro una semilla, puede ser un bello ejercicio moral, o al menos literario; pero ir un poco más allá, despojarse de la vanidad cicatera de sentirse escondiendo un tesoro; descubrir que en la semilla hay el "compromiso" necesario de una proyección hacia afuera, hacia afuera de la individualidad personal que la esconde; comprender que la verdadera riqueza de cada uno es ser portador de esta prenda de un destino superpersonal que está infinitésimamente depositado en cada uno, y pertenece al *todos* en que viven integrados los hombres; y derivar de esta conciencia el principio de una misión histórica, — es de por sí un afán inmensamente más grande.

Esa misma figura puede servirnos para aclarar felizmente la conexión cíclica que descubro, y la proporción intrínseca de ambas obras. Supongamos que al soplo de la ventisca real que de pronto azota la tierra, el fruto hubiera despertado a la propia conciencia. Se hubiese visto pendiendo del extremo de una ramita sin duda fragilísima, y balanceándose

sobre un inmenso abismo. ¡Qué obscuridad, qué “nocturno” el de su conciencia que percibe de inmediato, hacia un lado, la imposibilidad de retraerse, de reingresar al no ser de antes, remontando en sentido inverso la rama de que pende, y hacia el otro, la sola perspectiva de la caída en el abismo ignoto! Las angustias del trance le hubiesen revelado de inmediato su esencial soledad; pero la desesperación tiene sus recónditos relámpagos, y las conciencias fuertes descubren a su fugaz resplandor la senda salvadora. Puesto que no es posible regresar, involuntariamente, a contracurso de la rama, renunciando al ser el fruto centrípetamente vuelto sobre sí mismo entre la doble cortada que lo sitia, se descubre la proporción de la semilla que contiene. Y ya está salvado: ya está en posesión de una claridad de amanecer, en la otra orilla de su fortuito nocturno. ¡Qué le importa entonces saber que su destino inmediato es caer, hundirse en la tierra, tener que descarnarse, pudrirse enterrada, si luego sabe que, por la semilla, va a renacer de nuevo hacia arriba. Por eso, la intuición final del personaje del “Nocturno” es la de que la verdadera salvación del ser está necesariamente cifrada en el “darse”. “Darse, darse. Eso era lo que estaba destinado a buscar”!

La reciente *Historia de una pasión argentina* demuestra que el darse redentor en que desembocan las angustias del *Nocturno europeo*, era ni más ni menos el darse a la tierra; pero no el resignado venir al suelo del fruto ya abandonado de la rama, sino — puesto que aquí se trata del orden de un destino humano extraviado y distraído — el voluntario restituirse a ella para acometer (para reanudar), el propio destino.

No hay sólo una equivalencia alegorial y ambigua en esta metafORIZACIÓN de la conexión cíclica de ambas obras. En el reino vegetal no existen problemas de conciencia, *porque* siempre hay una conformidad integral entre todos los elementos del destino de las especies. Posee la maravillosa sabiduría de la adaptación y la suprema ciencia del ritmo natural; esa ciencia que permitió al manzano estar en posesión de leyes fundamentales de la física mucho antes que el saber del hombre, y enseñárselas a éste del modo más pedagógicamente claro y perfecto. El fruto contiene la semilla de la que no tiene conciencia, pero en cambio está dado en el extremo de un ser clavado de raíces en *su* tierra, y que no tendría motivo

para desazonarse, en principio, de la suerte que correrán el fruto y su semilla al desprenderse de la rama. No es el abismo lo que está abierto debajo: es *la tierra*, la madre tierra, la tierra secreta y húmeda y restitutoria. Para el hombre el asunto se presenta de otro modo. Quien duda que también el hombre es un fruto, más que eventualmente geográfico e histórico; que nace de tales o cuales padres, en tal o cual lugar, en tal o cual momento; pero nativamente, por razón de naturaleza específica, un fruto desprendido y dotado de una capacidad deambulatoria esencial. Pues lo esencial del hombre es la capacidad de despaisarse, de desterrarse, de ausentarse. Y esta condición es tal que el hombre no ha menester de cambiar físicamente de sitio para entrar en despaisamiento, destierro o ausencia. Con increíble paradoja, el hombre es capaz de desterrarse, despaisarse y ausentarse... *in situ!* Extraña condición. ¿No vienen todas las desventuras del hombre de esta misteriosa aptitud de transposición sin desplazamiento? “Vivo sin vivir en mí”. ¿Y qué es el sentir el hombre la soledad sino el sentir su propia desarticulación personal dentro del organismo integral a que pertenece? Por mucho que el hombre sea esencialmente capaz de abstraerse, de evadirse y despaisarse, no tiene en definitiva más sentido que el de *su inserción* en el orden superior a que está nativamente adscripto. El hipotético descubrirse el fruto en el extremo de un gajo, balanceándose sobre un ignoto abismo, incapaz de remontarse por la rama y ciego frente al pozo que se le abre debajo, corresponde en el hombre al descubrirse de pronto desconectado del orden real a que nativamente pertenece, suspendido en el aire de una ausencia que lo substraer de *su* lugar sin ubicarlo estructuralmente en otro, — descubrirse la falsedad e inautenticidad, la mera virtualidad de vida que se tiene arrogada, y por lo tanto la estéril innecesidad que la aqueja. El “Nocturno” es el sentimiento de la soledad en el extremo de una ausencia confinada en un mundo súbitamente trastornado; simbólicamente, ese nocturno es “europeo”, lo padece el alma por causa de ausencia o extrañamiento; y no hay más claridad posible que la que pueda dibujarse del lado de una conciencia de la propia inserción en el “árbol” de un órgano integral (cósmico, geográfico e histórico) de la vida: es decir en un órgano mayor de raíces, o sea de la tierra segura, indefectible. “Darse, darse”. Esto

es: cobrar la conciencia de la propia inserción, destruir el hechizo de la extraneidad en que se andaba perdido, volver al propio paisaje, al propio orden.

Cualquiera intuye la terrible disciplina ascética que reclama la voluntad de regresar al tronco vivo y eterno, — al que sólo puede irse por una senda precisamente inversa, si bien igualmente mística, que la de las levitaciones de la fe religiosa. Porque se trata de buscar ante todo “*qué es lo que llevamos en nosotros frágilmente y qué lo inconmovible, lo rudo, lo perdurable*” (*Historia de una pasión*), p. 14). ¿Cómo llegar a este esqueleto óseo del propio ser, si no es “*castigándose, humillándose, destruyéndose en todas las partes no vigilantes, en todas las partes blandas?*” (p. 220). Pues lo cierto es que en el orden de lo argentino, “*un mundo ficticio había operado la substitución de otro, verdadero*” (p. 113). “*Ficción de humanidad, representación de humanidad, comedia de humanidad*” (p. 109). Un ser y un vivir en ausencia de sí, un falso ser y vivir, con una especie de dopado olvido de lo esencial de sí. Es necesario purgarse implacablemente de este torpe pecado original de infidelidad consigo mismo. Hay que comenzar por desbaratar esa “*confabulación de mucha culpa*” (p. 88) que nos envuelve capciosamente, que hemos consentido en torno nuestro.

Y por este camino de la busca ascética del propio esqueleto, había de llegarse forzosamente al milagroso hallazgo, al mágico y decisivo descubrimiento: el del punto de inserción absoluta del ser personal; en el cual el problema del individuo se identifica con el de todo el sistema de la realidad que le atañe; en el cual el individuo aparece como la imagen necesaria escorzada de *su* patria. Renunciando a las aureolas aparentes, a los limbos ficticios, en acceso a la veta fundamental de sí mismo, “*me sentí, dice el autor, absolutamente a solas con mi tierra*” (p. 186). Y a este concepto de cósmica soledad “*iba despertando a la forma original de mi tierra, transido ante el silencio y la soledad del llano melancólico*” (p. 36). Volvía a ser una de esas “*conciencias que no habían desertado su relación de mutua fertilidad con la tierra y los otros hombres*” (p. 129).

Conciencias para las cuales rige perentoriamente un primer principio de violencia “*patriótica*”. El que manda preguntarse ante todo:

“¿Qué tiene que ver “tal” estado de existencia con la tradición, la tierra de nuestro país?”... Y responderse enérgicamente, ante determinados fenómenos: “Nada. Nada tienen que ver con la mónada nacional, con el principio de vida que nace de una unidad y se desenvuelve, o se desentraña, orgánicamente” (p. 105).

“Necesitaba buscar “mi” Argentina, mi Argentina en su verdadera vida, en drama, en su conflicto, y no en la prosperidad exterior volcada en las metrópolis, en el fárrago cotidiano y en la confusión general de todas sus felices improvisaciones” (p. 86). Y “esa Argentina, la llevaba yo en mi propio dolor” (p. 161). Grande o chica, con la dimensión de aquellos en quienes encarna y vive. “Si mi tierra es pequeña, lo es a mi medida. Tan poca cosa soy que lo que me rodea es poca cosa. A medida que unos cuantos crezcamos, la Argentina invisible, existente e interna, crecerá en nosotros, porque el estado actual aparentemente indefinido, se definirá en nosotros” (p. 167).

“Lo que me importa es la imagen americana (argentina) que llevamos como una promesa que cumplir y como un convenio que realizar” (p. 213).

“Lo que yo ansiaba no era otra cosa: era ese estado de ciencia natural con respecto a lo que somos sin parecernos a otros” (p. 189). El discernir “en qué virtudes de naturaleza se funda nuestra asistencia posible a un nuevo orden humano” (p. 190). Algo más afirmativo aún, más cargado de profunda voluntad de potencia: “El rehallazgo del gran destino como nación, que había visto perdido a su alrededor!” (p. 168).

Ganado así el punto de inserción superpersonal, se puede ya negar y afirmar valientemente, bravatearle a la vida con programas audaces. “Lo que este mundo (el nuestro) necesita — ¡y con qué necesidad! — es crecer en el sentido de su libertad interior y en el sentido de la conciencia de esa libertad”. Y ha de saberse que “lo mejor de la naturaleza de nuestro pueblo está hecho de un silencioso casamiento de estos dos ánimos, el ánimo de donación y el ánimo de libertad” (p. 231).

En ese pueblo reside también, “sobreviviendo, una causa espiritual eminentemente argentina, un sentido de la existencia. Privativo, propio

y auténtico. *Y a ese sentido le llamo: exaltación severa de la vida*" (p. 130).

Ya está el alma totalmente purgada del terrible nocturno: se ha hecho la luz del pleno día. ¡Dios ha sido encontrado al encontrar el hombre dentro de sí el punto de inserción personal en un destino mayor, de pasado y futuro, es decir, de eternidad! He aquí, de nuevo, en la historia, el momento de una mística legítima del patriotismo, en el sentido profundo. La legitimidad primordial de un anonadamiento, como el de la semilla que se hunde en la tierra, con la certidumbre de arborescer luego en plena luz. "*Una mística, la mística de un hombre, la consagración verdadera a una causa*" (p. 299). ¿Cuál? "*¡Ir a vivir del todo en la patria interior!*" (p. 307). "*¡A vivir con el pueblo profundo!*" Con el que vive de sus raíces y de su atmósfera.

¿Parecerá esto un "destierro" al que vivía en ausencia de su autenticidad? Pero ¡qué magnífico afán el que promete o exige ese "*destierro a la patria interior, donde todo lo tenemos que edificar, ámbito, mundo, aire, residencia, compañías, huéspedes, soledades!*" (p. 308). El programa es infinitamente múltiple, pero integral: "*Que cada cual se destierre conscientemente en el territorio de su función*" (p. 310). Y luego, ¡a la obra! Porque este impulso del destierro que es soterramiento, no debe confundirse con un simple transporte de efusión sentimental terruñera. Es sólo la asunción del punto de partida absoluto, o la retoma de la veta esencial: la condición de reviviscencia, de renacimiento acaso. Pues nada más que de ese hundirse en el seno de *la tierra*, en la matriz del pueblo interior, puede brotar el hombre nuevo de que mandaba revestirse Pablo. "*Mas ésto, revestirse de hombre nuevo, no se hace con honras, con fastos, no se hace con sueño, no se hace sin heroísmo*" (p. 300). Y sin santidad. Se hace con la santa y heroica vocación de todo el ser a la obra que pueble y estructure el ámbito vacío que hoy parece la patria; edificarle la exterioridad, darle la forma visible que corresponda a la forma de su ser invisible. Para ello "*quiero tener libres las manos de mi espíritu en esta tierra donde estoy plantado!*" (p. 301). ¡Las manos del espíritu, que son las de hacer!...

"*De todo lo que tengo no quiero más que mi aspiración. Arrojo*

todo lo demás, lo tiro. No quiero más que eso, mi aspiración. Con eso hay que empezar, con eso hay que caminar hoy. Cada uno en su diferente forma. Arrojo todo lo demás, lo doy por nada, lo dejo: libros escritos, palabras habladas, cuentos contados, versos aprendidos, literatura. No quiero nada de eso. No me sirve para nada. Si mis manos se han llenado de eso, mis manos están perdidas; a menos que haga lo de ahora, que arroje la falsa carga” (p. 301).

Esta es la imagen, viviente, estimulante, que conjura en mí la lectura de esta última obra de Eduardo Mallea. Imagen que comienza con el descenso al fondo de sí mismo y termina en el empujamiento más abrupto a la voluntad de ser y de poder, proyectada hacia afuera. El punto en que en la técnica formal de la obra, la mera extraversion personal, — confesión, género desusado entre nosotros por circunstancias de fácil sospecha, — en que la mera extraversion personal se vuelve arborescimiento “fétil” (esta es la palabra de Mallea), por reconocimiento de la propia inserción en el eje vital de un ente mayúsculo, — actitud habitual bajo diversas formas en la historia del pensamiento argentino, — señala a mi juicio la incidencia de los valores de alta originalidad y de profunda autenticidad (histórica y nacional) de esta obra.

Esa intuición de la identificación simbólica, — aunque no por eso menos dramáticamente carnal y real — de la pasión personal, que justifica la forma autobiográfica de la obra, con la pasión nacional, que hasta ahora sólo había atinado a mostrarse disfrazada, no siempre felizmente, tras el empaque pedantesco de una objetividad sociológico-filosófica, o el pasionismo faccioso de los discursos políticos (en cualquiera de las muchas formas literarias con que se ha mostrado en el país); esa intuición de la identidad recíproca de lo que hay de *argentino* en la propia pasión personal, y lo que hay de pasión como inherente a lo argentino que uno encarna, — por eso el libro se llama, estrictamente, “Historia de una pasión argentina” —, tiene, a mi ver, una honda eficacia reveladora; la de lo que corresponde a un estado de conciencia o de espíritu rigurosamente histórico. Por ella, esta obra, que puede aspirar a la abstracta intemporalidad por “la mística” peculiar de su acento, tiene algo así como el remonte de una concitación perentoria a la acción social positiva,

que sólo necesitaría luego un programa concreto para volcarse en plena sinfonía política hacia la conquista de los claros horizontes que la obra misma deja revelados.

No es cosa de que habría de tenerse que llamar a un acuerdo “patriótico” sobre ella. Creo que la fuerza, grandeza, y apasionante persuasión de esta obra, no es pura virtud de estilo, no es sólo cosa de arte: mana de su calidad (diría, natural) de producto de un estado histórico de espíritu; de su estricta correspondencia a una “realidad” auténtica. Por eso sin duda da la impresión constante de estar naciendo de sí misma, como una planta que crece, naciendo y descubriéndose ingentemente, con una contingencia que tiene de infalible necesidad, y halla en el lector la comunión esencial que releva de documentaciones y pruebas.

Santiago del Estero, octubre 1937.

B. CANAL FEIJÓO

CUESTIONES CIENTIFICAS DE NUESTRO TIEMPO

NUEVOS DERROTEROS

El cambio experimentado por la ciencia física en estos últimos diez años, puede sintetizarse en esta breve y simple frase de Eddington: “... más segura de su propio objeto, aunque quizás algo menos de sus propios resultados” (*).

(*) A. S. EDDINGTON: *Nuove vie della scienza*, Milano, Hoepli. 1936. (Versión italiana de A. M. Dell'Oro, de las “Messenger Lectures” hechas por el autor en 1934 en la Cornell University y aparecidas en inglés con el título: *New Pathways in Science*).

Eddington no alude aquí a la física, en sentido estricto, sino a una disciplina más amplia que comprende la física, la química, la astronomía, la fisicoquímica, la astrofísica. Pese a las clasificaciones científicas que pretenden ahondar las diferencias entre estas ramas de la ciencia, el estado actual de los conocimientos acentúa cada vez más el carácter unitario de las mismas, mostrando que esas diferencias son más formales que esenciales, pues residen principalmente en la técnica instrumental empleada por cada una de ellas en sus investigaciones particulares. Los últimos resultados científicos ponen de manifiesto una interdependencia entre el mundo de lo "infinitamente pequeño" (estructura de la materia: átomos, electrones, protones) y el mundo de lo "infinitamente grande" (estructura del universo: soles, estrellas, nebulosas) de tal manera que teorías atómicas confirman observaciones astronómicas y teorías astronómicas encuentran en los laboratorios comprobaciones experimentales.

Algunos de estos resultados, aceptados por la mayoría de los investigadores, están afectados de un coeficiente tal de inseguridad que hacen dudar de un progreso real en la ciencia, pero, de pronto, se advierte, no sin sorpresa, que las dudas que esos resultados levantan constituyen un aporte positivo, pues hasta hace unos años, la ciencia no había todavía logrado un suficiente grado de saber como para formular tales dudas.

Las novedades teóricas y experimentales que acompañan a tales resultados, constituyen, para muchos, una revolución científica ("signos de prosperidad normal", nos tranquiliza Eddington) y las modificaciones radicales que, con ellos, han sufrido ciertas concepciones clásicas, han sido consideradas como irrespetuosos signos hacia las teorías tradicionales. No, nos dice Eddington, el progreso a veces derriba, pero no a ciegas. Todo este nuevo florecer de la ciencia tiene sus raíces en el pasado. Si vemos más lejos que nuestros predecesores es simplemente porque nos hemos subido sobre sus espaldas. Y es natural que al tratar de treparnos de esa manera, ellos reciban de cuando en cuando un golpe o algún puntapié.

Pero tan interesante como esos resultados, se muestran las nuevas sendas que, desde la teoría de la relatividad, la ciencia está recorriendo. Al mismo tiempo que se enriquece con nuevas teorías y experimentaciones, una penetrante mirada introspectiva indaga y aclara su propio objeto. Es el

árbol que a medida que su copa se eleva y que en su follaje, que se espesa, surgen frutos y flores, asegura cada vez más firmemente sus raíces en la tierra.

El afán de objetividad que la teoría de la relatividad introdujo en la física del macrocosmos, preside ahora también, desde las concepciones de Heisenberg y la mecánica ondulatoria, la física del microcosmos. Por otra parte las construcciones teóricas conceptuales muestran más claramente su función preponderante en estas ciencias llamadas experimentales. El experimento mismo, clave de bóveda, pero no pilar, denuncia su esencia: no es una contestación oficiosa que se adelanta a las preguntas ni una respuesta espontánea a las mismas; el experimento actual es un verdadero interrogatorio torturante, al cual el investigador somete encarnizadamente la naturaleza. Al referirse a las condiciones en que se encuentran los átomos en las estrellas, Eddington tiene, a este respecto, una frase significativa: "En una apuesta entre el sol y el laboratorio Cavendish, para saber quién podría ejercer la máxima violencia a un átomo particular, yo apostaría a favor del laboratorio".

Este afán de objetividad ha puesto también en claro el discutido problema del determinismo, que hasta hace unos veinte años reinó soberano en la física, aunque ya una de sus ramas: la termodinámica, desde mediados del siglo pasado se desarrollaba utilizando con notable éxito un recurso teórico nada determinista: la probabilidad.

No es que la naturaleza, de pronto, haya dejado de obedecer al principio de causalidad que la había tenido hasta entonces sojuzgada, sino que el análisis, sin prejuicios, de hechos y teorías mostró que la asociación regular que liga la causa al efecto no es más que una generalización de nuestras experiencias sensibles. Toda generalización es peligrosa y arriesgada, en este caso resultó simplemente superflua.

Esto no significa evidentemente negar aquellas experiencias sensibles. "Se puede dudar de la teoría de la gravitación universal, de Newton o de Einstein" dice Eddington, "mas no por eso debe negarse que las manzanas caen al suelo". Tampoco la física ha tomado, con esto, posición contra el determinismo. He aquí el sabroso comentario eddingtoniano: "Suponiendo que me preguntaran si la astronomía ha abandonado la opinión según

la cual la luna es de queso fresco, encontraría cierta dificultad en encontrar pruebas verdaderamente concluyentes, pero podría afirmar sin titubear que la moderna selenografía no se basa sobre esa doctrina del quesismo lunar”.

Tal actitud ante el determinismo recuerda la conocida anécdota, verdadera o falsa, de Laplace y Napoleón. Cuando Napoleón, recordando probablemente que Newton había recurrido al auxilio del Todopoderoso para sostener sus teorías astronómicas, reprochó a Laplace el haber escrito un extenso libro sobre el sistema del mundo: la *Mecánica Celeste*, sin haber mencionado al Creador ni una sola vez, Laplace habría respondido, bruscamente, según la anécdota: Je n'avais pas besoin de cette hypothèse.

El llamado “indeterminismo” de la física actual está vinculado al “principio de incertidumbre” de Heisenberg, que puede interpretarse como una consecuencia racional, y razonable, de la interacción existente entre lo observable y los medios de observación. Según ese principio teórico dicha interacción sólo permite determinar con certeza “justamente la mitad de los elementos necesarios para formular una previsión precisa”, aunque en esta expresión de Eddington la palabra “mitad” debe interpretarse más en sentido cualitativo que cuantitativo.

Una de las *Messenger Lectures* se dedicó al terrorífico asunto del fin del mundo, entendido, claro es, en sentido temporal, pues desde Einstein es sabido que el mundo espacial no tiene fin. Aunque se dice comúnmente que el universo físico, fusión indisoluble de espacio y tiempo, tiene cuatro dimensiones, sería más correcto decir que el número de dimensiones es tres más una. Esta separación de las dimensiones del universo en dos grupos no radica en la diferencia de nuestras impresiones subjetivas espaciales y temporales, sino en la existencia de ciertos elementos objetivos: símbolos matemáticos, que explican el por qué puede hablarse de un fin (o principio) temporal pero no espacial.

La variación unidimensional del tiempo físico es además muy distinta de la que denuncia nuestra conciencia. El tiempo físico no es ese tiempo que acelera o retarda el ritmo de nuestra vida, ni es, como un niño extraviado, algo se pierde y vuelve a encontrarse, ni con él puede realizarse ese estupendo juego entre el pasado y el futuro de *Eyeless in Gaza*. El

tiempo físico no ofrece más que el aspecto frío y monótono de una sucesión de números, pero a diferencia de esta sucesión, que es reversible, el tiempo físico tiene una dirección. Existe en el tiempo físico un “antes” y un “después” que pueden distinguirse, no por los datos de nuestra conciencia, sino por un elemento objetivo, la llamada “entropía”, magnitud medible que, según el segundo principio de la termodinámica, crece con el tiempo, de manera que a una menor entropía corresponde el instante “antes”. A esta magnitud, que objetivamente nos ofrece una flecha indicadora de la dirección del tiempo, se agrega actualmente otra indicación semejante, aunque válida únicamente para el Universo tomado como un todo único: el fenómeno de descubrimiento, relativamente reciente, de la expansión del universo.

Estas indicaciones permiten formular algunas conjeturas acerca del principio y fin del mundo, y aunque Eddington reconoce que tales extrapolaciones salen de un cuadro estrictamente científico, nos ofrece, como una ocupación de día festivo, una posibilidad del fin del mundo compatible con el estado actual de la ciencia. Si se admite que el destino final de los electrones y protones sea el de destruirse recíprocamente, libertando bajo forma de radiación su propia energía de constitución, el universo terminaría por convertirse en un universo de radiaciones de longitud de ondas crecientes y como las ondas de mayor longitud son las hertzianas del tipo utilizado en las transmisiones radiotelefónicas, el fin del mundo tomaría entonces el aspecto de una “maravillosa radiotransmisión”.

Santa Fe, 1937

JOSE BABINI

“ASUNTOS HUMANOS”

En *Human Affairs* (MacMillan and Co., Londres, 1937) asistimos al primer intento concreto y coherente por parte de un grupo de hombres de ciencia de alta significación en Gran Bretaña de encarar formalmente, y en carácter de tales, el problema que está en el primer plano de las cuestiones de la hora o sea el problema político-social. La obra está planeada y dirigida por tres hombres de ciencia jóvenes: R. B. Latell, J. Cohen, y R. M. W. Travers y colaboran en ella 15 autores entre los que figuran nombres como Havelock Ellis, Malinowski, etc., mediante una serie de luminosas mises-au-point. Como dice el prefacio “los científicos permanecen aterrados contemplando cómo se prostituye su obra a los más bajos impulsos del hombre. El propósito netamente definido de esta obra es el de permitir que el hombre de ciencia exponga su visión más amplia. No se ha intentado que se trate de una exposición meramente literaria de determinados aspectos de la ciencia ni un compendio de hechos prácticos. Es un manifiesto de acción, un primer esfuerzo para dar una exteriorización articulada a la voz razonada de la ciencia que pide su legítimo lugar en el control de los asuntos humanos”.

Los temas que los autores estudian presentan a primera vista cierta disparidad pues mientras J. B. S. Haldane, por ejemplo, se basa en conceptos biológicos, B. Malinowski encara los problemas sociales desde un punto de vista etnológico, el Conde de Listowel hace un alegato en favor de un mayor conocimiento humanístico y legal por parte de los legisladores, etc., etc. El cuerpo editorial hace notar, sin embargo, la unidad fundamental de la obra. “Recalquemos sobre todo la unidad de esta obra, el hecho de que hay un tema central, un propósito común que anima a cada capítulo. Indudablemente esta unificación de la vida social es nuestro propósito dominante, coordinar el conocimiento, integrar verdades útiles y enfocarlas sobre los problemas del día”.

A esta obra inicial seguirá una publicación periódica del mismo título. “Intentaremos — dice el prefacio — cultivar el cuerpo de opinión y rea-

lizar un entrenamiento político del hombre de ciencia que será la única manera que permitirá la aplicación extensiva del conocimiento razonado a los asuntos humanos”.

Es evidente la importancia de esta obra que se inicia y que los autores quieren considerar por ahora como una tentativa. Por primera vez (*), que sepamos, los hombres de ciencia tratan de contrastar con la vida social presente en su variedad y confusión los contenidos bien comprobados de su ciencia. De esta aproximación, creemos, — y la lectura de *Human Affairs* lo demuestra en más de un punto — han de salir ganando a un tiempo los dos órdenes, el social y el científico.

I. U.

(*) Ramón Fernández (en *L'homme est-il humain?* cuya versión española con el título de *¿Es humano el hombre?* publicará la Editorial SUR) plantea repetidamente en nombre de un racionalismo de nuevo cuño la necesidad de que el hombre de ciencia abandone el confinamiento que significa el especialismo para proyectar sobre el plano social los contenidos de su saber. En este sentido *Human Affairs*, sea como respuesta a su incitación o por mera coincidencia (lo que demostraría por lo demás que la exigencia y su satisfacción están en el espíritu de la época), significa una primera respuesta a esta demanda.

NOTA. — En el *Calendario* de este mismo número transcribimos varios pasajes significativos de la obra.

CRITICA DE ARTE

LAS EXPOSICIONES DEL MES

Pese al título promisor de la exposición de “Amigos del Arte” y de la Galería Müller, estamos muy lejos de hallarnos frente a una buena representación de la pintura española y catalana. Desgraciadamente es preciso contentarnos con buscar la nota aislada, para desembarazarnos al instante de la pintura de escaso interés, cuando no francamente mala. En la Galería

Müller, la salita de Emilio Grau-Sala es una nota elegante de carácter parisiense. Sería el caso de hablar de buena decoración más bien que de pintura, para evitar confusiones. Grau-Sala posee, a buen seguro, el don de la gracia y del color, unido a la observación aguda de la psicología y de la moda del 1900 francés. La breve nota del catálogo nos presenta una envidiable foja de servicios que no se detiene en la capital francesa, donde como último trabajo ha decorado una sala del restaurant español de la Exposición de París, sino también pasa a Londres adonde ha sido invitado para exponer temas inspirados en la Coronación.

Los trece trabajos expuestos, si bien abarcan diversos asuntos, no logran evitar una leve monotonía en el color, en el que dominan constantemente el rosado y el verde claro. Citar *El almuerzo* para oponerlo como superior a *Promenade au bois* nos parece impropio, porque estos trabajos de Grau-Sala son de valor uniforme y, por su gusto sutil en el detalle decorativo, viven subordinados a la simpatía casi más que al valor intrínseco.

Tampoco en "Amigos del Arte" es preciso un examen harto profundo para encontrarnos con que tenemos poco que examinar en estas cuarenta y nueve pinturas, pertenecientes a diez artistas catalanes. No falta algún paisaje pintado a conciencia, pero siempre se trata de trabajos correctos antes que de obras trascendentales.

El pasado parisiense de Pedro Pruna, a quien la crítica llegó a nombrar junto a Picasso, nos lleva lógicamente a sus obras con viva atención. Pero si se debiera juzgar el valor de Pruna — cosa a que nosotros personalmente no nos aventuramos —, por estas cinco obras, sólo se podría comprobar un profundo fracaso. La inteligencia de los temas, la gracia con que están resueltos ciertos detalles y la habilidad con que coloca un fondo que recorta el tema no consiguen ocultar la superficialidad del color, hecho de hábiles frotos sobre tela bien elegida, no de auténtica cualidad. Basta detenerse ante el mejor trabajo, *El torero*, y ahondar un poco el examen para advertir que todos esos blancos que figuran decoraciones son simple material y no pintura. Y si procuráramos imaginar esta figura sin ese sólido y acertadísimo fondo gris, nos encontraríamos ante muy poca cosa. Los otros envíos revelan más o menos los mismos defectos, agravados, por ejemplo,

en la superficial e ingenua nota de superrealismo (?) que se puede hallar en *Sonia*, o apenas esquivados con gran habilidad en *Flores*.

Feliú Elías logra dar a sus prolijos objetos un enérgico realismo de buena técnica que se transforma empero en franca vulgaridad cuando coloca en el centro de la composición una figura, como en *Versos*. El mejor envío de este artista es sin duda el *Vaso de agua* porque, con objetos comunes, llega a transmitir encanto y verdadera emoción. No comprendemos cómo puede renunciar por completo a los recursos interesantes y propios del objetivismo, que sin matar la fantasía, llegan al realismo, fundiendo ciertos interesantes aspectos de la visión axonométrica con la perspectiva real; característica ésta que aparta tal pintura de la trivialísima pintura de género con que nos brinda cierta academia ochocentista.

José Mompou, dentro de la limitada trascendencia de los trabajos aquí expuestos, logra mostrarse como un temperamento bien dotado; no en los paisajes, algo superficiales, sino en dos naturalezas muertas en las que pone de manifiesto la finura de su retina. En la estructura de la composición de *La botella* hallamos la fusión característica entre la estilización inteligente, la deformación del objeto y la búsqueda de un color que hace intuir toda la realidad sin imitarla vulgarmente. En otro envío, *Bodegón*, un manojito de espárragos pintados con esa segura destreza que al mismo tiempo dibuja, están colocados con debida proporción en el fondo de una mesa, mientras dos limones en primer plano proyectan una sombra falsa en relación con la suavidad del resto; una sombra falsa, pero de un gris tan bien adivinado y tan en armonía con el amarillo agrio de los limones, que entra en la categoría de los errores que constituyen verdaderos valores.

Salón anual de la Asociación Estímulo de Bellas Artes

Hoy, sin quererlo, este Salón de la Asociación Estímulo de Bellas Artes se presta a una afirmación cultural de carácter casi trascendental para el ambiente artístico argentino. Sin entrar en criterios de juicio ni quitar nada a la obra benévola desarrollada por este círculo, podemos con

toda serenidad inferir una conclusión de la visita a esta exposición. Y la conclusión es ésta:

A la calma absoluta que todavía hoy ignora o procura ignorar aun la victoria sobre el empirismo, sobre la retórica, sobre el énfasis, obtenida primero en los sectores de la ciencia, de las matemáticas y de la filosofía y después, en 1910, en el de las artes plásticas, y que nos ha dado ya valores incontrovertibles y aceptables hasta por la crítica reaccionaria.

preferimos:

los errores, la intranquilidad, las continuas tentativas, las exageraciones, los titubeos, la exasperación, fenómenos aparentemente estériles de los artistas modernos que no pueden contentarse más, ni siquiera automáticamente con resultados académicos.

Y no se crea que este razonamiento surja de una emoción intelectualista de minoría, o de especulación abstracta, porque en las salas de la Galería Witcomb nos hemos detenido sin reacción, frente a tres envíos de Victorica y con verdadero placer ante los trabajos violentos de Solimán, gustando y aprobando su precipitarse de cabeza en la materia para transformarla victoriosamente — y sin academia — en pintura... y nuestra fantasía nos ayudaba a presentarnos a un solimán con las manos y la blusa embadurnadas de colores, con gana de lavarse las manos sucias de material, no sin confrontarlo con el material extendido sobre el cuadro y transformado en una escena de encendido verano, para alegría del espíritu.

ATILIO ROSSI

C I N E

“ D E R E G R E S O ”

En el invierno de 1872, entre los muebles de jacarandá de un hotel cuyos balcones daban a la desarbolada plaza de la Victoria, don José Hernández — enemigo de Sarmiento y de Mitre — quiso demostrar la degradación que opera en los paisanos de Buenos Aires el funesto régimen militar y redactó el poema antibélico *El gaucho Martín Fierro*. El héroe — ¿quién no lo sabe? — era un desertor del ejército; su compañero, un desertor de la policía... Ya conocemos los resultados. Unamuno, hacia 1894, descubrió que el libro de Hernández “era el canto del luchador español que, después de haber plantado la cruz en Granada, se fué a América a servir de avanzada a la civilización y abrir el camino del desierto”. Lugones, en 1916, declaró: “Y por eso, porque personifica la vida heroica de la raza con su lenguaje y sus sentimientos más genuinos, encarnándola en un paladín, o sea el tipo más perfecto del justiciero y del libertador, Martín Fierro es un poema épico”.

He rememorado el caso de *Martín Fierro* porque no es inusual. Las obras que denuncian las indignidades o lo atroz de la guerra corren siempre el albur de parecer una vindicación de la guerra. En efecto, cuanto más horrible la guerra, mayor es su prestigio satánico, mayor es la virtud de los hombres que la miran de frente. Aquel inapelable doctor Johnson que una vez declaró: “El patriotismo es el último refugio de los canallas”, dijo también, hacia 1778: “La profesión de los marineros y de los soldados tiene la dignidad del peligro”. Del aclamado film pacifista *Sin novedad en el frente*, ¿qué persiste, ahora, en nuestro recuerdo? Una impetuosa y codiciable carga a la bayoneta, del todo semejante a las que ilustran cualquier film belicoso.

De regreso es irrefutablemente inferior a *Sin novedad*. Su momento

más alto es asimismo el de una batalla. El *pathos* peculiar de la escena deriva de que a todos nos consta que sus alarmas y agonías son inservibles: Alemania ya había capitulado. Las otras escenas me parecen muy olvidables. La tesis (creo) es la inadaptación de los militares a la vida civil, los conflictos de la ética de la ciudad con la ética de las trincheras. El temor de hacer antipáticos a los protagonistas ha entorpecido — o anulado — la demostración de la tesis. Es verdad que uno de los repatriados llega al asesinato, pero su víctima es un *Schieber* tan execrable, tan gracioso, tan minuciosamente judío que su aniquilación es a todas luces un acto meritorio. Otro de los guerreros repatriados llega a un *mariage de convenance*; otro, a la improvisación de discursos; otro, a codiciar (y a robar) gallinas ajenas.

He sentido, al ver *De regreso*: El mero pacifismo no basta. La guerra es una antigua pasión que tienta a los hombres con encantos ascéticos y mortales. Para abolirla, hay que oponerle otra pasión. Acaso la del *buen europeo* — Leibniz, Voltaire, Goethe, Arnold, Renan, Shaw, Russell, Unamuno, T. S. Eliot — que se sabe heredero y continuador de todos los países. Abundan aciagamente en Europa el mero alemán o el mero irlandés; faltan los europeos.

JORGE LUIS BORGES

MUSICA

LA "SINFONÍA ARGENTINA" DE JUAN JOSÉ CASTRO

Para estudiar la música extranjera Castro fué a Nueva York pero ese centro de tantas impresiones nuevas no consigue hacerle olvidar su patria. La nostalgia se apodera de él. Piensa en Buenos Aires, la metrópoli radiante con sus suburbios pobres, humosos, pero queridos por él. En la fantasía se le presenta la Pampa con toda la poesía de su calma infinita.

Recuerda las melodías íntimas de varios bailes, que tienen su cuna en el norte. Ideas semejantes han debido inspirar su alma de músico para que escriba en el extranjero su primera obra nacional, la *Sinfonía Argentina*.

La arquitectura de la "Sinfonía" sigue en su mayor parte la forma de la sonata. Sus tres movimientos han obtenido denominaciones particulares; en una palabra, el compositor los ha provisto con un programa.

Analizando esta música en sentido abstracto, como música pura, notamos que tras ritmos batidos vigorosamente en los primeros compases, aparecen pequeños motivos. Pero éstos, sólo fragmentos, se hunden en poderosas progresiones rítmicas. Así, la primera parte de este movimiento concluye sin dar a conocer la exposición, como es costumbre, y pasa inmediatamente al desarrollo. En este se elaboran los mismos motivos pequeños del principio con gran aparato orquestal e ingeniosa variedad. Solamente al final del movimiento, se unen los motivos fragmentarios, para formar el primero y segundo tema. De suerte que la verdadera exposición aparece casi en el lugar final. ¡Singularidad interesante!

El segundo movimiento revela un impresionismo muy personal, de sonoridad extremadamente delicada. Las cuerdas se ponen a la cabeza de la orquesta. Los violines dibujan el canto melancólico de los violoncellos, arabescos finos, que obtienen su colorido especial por los vientos. Pocos crescendos interrumpen el solemne claroscuro de este movimiento, que dentro de un "diminuendo" constante susurra sus acordes finales.

El último movimiento es todo empuje rítmico y temperamento fogoso. Los cobres, la batería se ponen en acción. Es la serie de cortos motivos de bailes, encendidos por ritmos indómitos, aliviados por armonías extravagantes, y variados por interesantes fórmulas contrapuntísticas. Con notable lógica constructiva, propiedad de este compositor, los enlaza, formando una unidad completa.

Las denominaciones o el programa de los tiempos se muestran en sorprendente acuerdo con la música. No obstante estar demasiado elaborado algún elemento estrictamente folklórico, no puede negársele a esta obra su carácter criollo. Desde el primer instante estamos convencidos que esta música de un ambiente tan especial, de emoción tan significativa y de terruño tan característico, debe ser la obra de un nativo. El ejemplo ideal es

el segundo movimiento, "Llanuras"; en nuestra fantasía, la Pampa. Se extienden ante nosotros sus llanuras infinitas en toda la grandiosidad de su calma, en su encanto de soledad. Casi percibimos el zumbido de los insectos, el susurro de las hojas; hasta nos parece oír cantar los rayos del sol que va a ponerse. Todo se convierte en sonoridad, en tono de pastel impresionista.

El primer movimiento, "Arrabal", caracteriza infaliblemente a Buenos Aires. Los robustos, modernizados ritmos del tango evocan el ruidoso, motorizado dinamismo de la capital con su danza preferida.

El programa del final "Ritmos y Danzas" predice su contenido. A la salvaje orgía rítmica se mezclan melodías de bailes nortños, en un ropaje sumamente singular, con fórmulas modernas, pero, a pesar de eso, conservando siempre su argentinidad.

Esta nueva Sinfonía — testimonio digno del talento de un músico culto y noble temperamento — es una obra considerable de alcances muy importantes para el futuro desarrollo de la música argentina, pues esa música de carácter popular-nacional tiene indiscutibles valores internacionales. Merced a sus dones insólitos, Castro no ha reducido su labor a simples transcripciones armonizadas y orquestadas de temas folklóricos, sino que supo hallar el camino, llevado por su inspiración popular, sin excluir su punto de vista general, asegurando a su producción reciente, un puesto representativo en la categoría de la música contemporánea.

El 21 de octubre de 1937, el mismo compositor nos reveló su *Sinfonía Argentina* en el Teatro Colón, recibida con caluroso entusiasmo por el público porteño.

IVY HERCZEGH KONJOVICH

CALENDARIO

(REVISTA DE TEMAS DEL MES)

LA EVOLUCIÓN EN EL CONCEPTO SOCIAL RESPECTO A LA LIBERTAD FEMENINA. — (Havelock Ellis en "Human Affairs"). "Resultaba inevitable que el status social de las mujeres en especial habría de tender a modificarse, puesto que era alrededor de ellas que estaba constituido el viejo sistema. La cualidad de la "virtud" en su origen exclusivamente masculino se ha transformado netamente en algo exclusivamente femenino y de cualidad sexual. No solamente las leyes morales sino también las condiciones sociales han sido constituidas en forma elaborada y regida alrededor de esta "virtud" desfigurada de un modo absurdo. No hay duda que en lo que se refiere a la rigidez de la convención habían diferencias superficiales entre una nación y otra y recuerdo que cuando hace años mi hermana cruzó el canal para acompañarme por un tiempo en el hotel de París en que vivía con un amigo, Remy de Gourmont hizo notar que eso hubiera sido imposible para una muchacha francesa. Pero por debajo de variaciones nacionales superficiales, la actitud subyacente ha sido la misma. En la actualidad las mujeres inglesas, inclusive de gran carácter y capacidad, ejercitan un grado de libertad que no hubiera parecido posible para mis propias contemporáneas de juventud. Las mujeres que prescinden actualmente de ejercer tal libertad, y hay aún muchas, lo hacen en gran parte de un modo deliberado y no porque sientan que se encuentren desamparadamente encadenadas por las conveniencias.

Esta ola socializada de cambio sexual afecta en especial, aunque siempre con pequeñas diferencias, a Gran Bretaña y los Estados Unidos. Pero el mismo movimiento está alcanzando aun a los países conservadores de tradición latina. Así, como llego a enterarme ahora, en la Argentina tiene lugar actualmente un gran cambio en lo que se refiere a la posición de las mujeres, que había obedecido hasta hoy a las reglas restrictivas heredadas de los días de la dominación española. La nueva influencia ha sido ejercida principalmente por la pantalla, pues el cine en la Argentina es una institución enormemente popular. Hollywood se convierte de este modo, en forma involuntaria e inmerecida, en el misionero de un nuevo orden social".



EL CRITERIO SOBRE LOS CARACTERES PSICOLÓGICOS DE LAS RAZAS DE ACUERDO A SU CONDUCTA. — (Lord Raglan en "Human Affairs"). "Hay además conveniencias sociales, de acuerdo a las cuales puede aparecer o no como correcto el manifestar emo-

ciones tales como la cólera, el entusiasmo, el afecto o el disgusto. En este país, por ejemplo, personas que en la vida ordinaria raramente levantan su tono de voz pueden quedar afónicos dando alaridos en un partido de football o en un meeting político. Tales fenómenos, cuando se observan de un modo imperfecto, conducen a la catalogación de ciertas "razas" como excitables, vivaces, estólicas o impasibles, mientras que el salvaje, que no ha aprendido a ponerse histérico en un partido de pelota y que grita en cambio cuando se le muere la madre o su mujer lo abandona es considerado "pueril".



COSTUMBRES EXÓTICAS Y EL PUNTO DE VISTA DE UN ANTROPÓLOGO. — (B. Malinowski en "Human Affairs"). "Con todo esto, no hay duda que existen costumbres raras y extremadamente exóticas que no podrán ser explicadas nunca satisfactoriamente. Aun hoy no puedo comprender — por cierto que experimento una fuerte repulsión al solo pensamiento de ello — cómo ciertos seres humanos puedan hallar placer jugando al golf, o practicando el hara-kiri; cómo algunos nativos pueden permanecer por largo espacio de tiempo de pie bajo la lluvia, contemplando cómo un pequeño número de otros nativos impulsan con los pies un objeto redondo (esto se llama entre los nativos de Inglaterra "football"); o por qué algunos nativos de Oceanía coleccionan cabezas en salmuera, etc., etc. Sin embargo, aun en tales casos como el de comer carne humana, carne pasada o "plum pudding", jugar al golf, correr amok y practicar la "couvade", el antropólogo puede intentar el examen de la materia prima del proceso, puede admitir cierta diversidad de gusto en los seres humanos, y definir el proceso en términos de lo universalmente humano".



EL DOGMATISMO COMO BASE MENTAL DE LOS REGÍMENES DICTATORIALES. — (B. Malinowski en "Human Affairs"). "La concepción automática de la cultura, como la revelación íntima de un genio o Deidad, ha sido cultivada, únicamente en la metafísica alemana; alcanza su cúspide en el idealismo histórico de Hegel. Pero su completa aplicación práctica hubo de aguardar hasta la llegada de la última encarnación de lo absoluto, Herr Adolf Hitler.

La concepción no se une solamente a una especie de pesimismo, sino también a una "Wille zum Macht" (voluntad de poderío) agresiva, de puños fuertes y algo egocéntrica. Se ha convertido en la patente espiritual del Nacional Socialismo y el Fascismo y también (seamos justos) de las dictaduras culturales del comunismo. Porque cualquier dictadura puede hacer buen uso de una doctrina que contempla a toda civilización no como la expresión de las necesidades diversas y características, fundamentales de los más, sino más bien como la voluntad dictatorial de uno solo.

Ninguna dictadura puede tolerar más que un patrón o árbitro de sabiduría última o valor. Ha de ser la verdad o Hitler, el determinismo científico o Stalin, los resultados de investigación o Mussolini. Ya sea que se acepte al marxismo doctrinario como respuesta última a todas las cuestiones, o al punto de vista de que un "genio racial" o "nacional" ha producido por sí solo la civilización (y continúa produciéndola mediante los dictats y pronunciamientos de un ministerio de propaganda y "Kultur"), no hay cabida para la investigación no impuesta, libre y sin trabas, del determinismo del proceso histórico, los límites de la legislación legítima, la ética de la opresión y la modelación arbitraria de espíritu y carácter humanos".



"ULYSSES" Y LA CENSURA INGLESA. — La historia de *Ulysses*, la célebre novela de James Joyce, que relata en *Les Nouvelles Littéraires* Claudine Chonez, ilustra de manera muy entretenida la evolución reciente de las ideas británicas en lo que concierne a la "moral" en literatura.

Es sabido que *Ulysses* considerado por la censura inglesa como un libro "inmoral", fué prohibido en todos los territorios de la Corona y hubo de ser publicado en Francia.

Poco después, una editorial neoyorquina, deseosa de publicar a su vez el *Ulysses* planeó la adquisición de los derechos para Estados Unidos. El problema, puesto que en los Estados Unidos, al igual que en Inglaterra, el puritanismo y la legislación marchan muy de acuerdo, estaba en que, la publicación del libro había de ser probablemente prohibida. Era necesario a toda costa, antes que fuera demasiado tarde, poner las cosas en claro mediante un escándalo público. El editor se valió de un ardid muy afortunado. Se hizo enviar a título personal, un ejemplar de la edición parisiense de *Ulysses* teniendo buen cuidado de hacer colocar el título en grandes caracteres sobre el paquete. La aduana americana, el "Custom Office", que, lo mismo que en Inglaterra, vigila la moral a la par que los derechos, cayó en la trampa. Gravó al envío no con derechos excesivos... sino con intenciones pornográficas, y lo confiscó. El editor se frotaba las manos: ¡Ya tenía el proceso! Acusó judicialmente de inmediato al "Custom Office", hizo todo el ruido posible alrededor del asunto, y ganó su causa triunfalmente gracias al sostén de la prensa y de todos los intelectuales. El "Custom Office" no se dió por vencido; apeló y volvió a perder, esta vez en forma definitiva.

La causa estaba vencida, al menos para América. La edición triunfal de *Ulysses*, a más o menos cien francos el ejemplar, se vendió como pan caliente.

Al ver lo cual un editor inglés pensó usar la misma estratagema. Pero el libro expedido de Francia le llegó sin haber experimentado las severidades del "Custom Office". Algún tiempo después murió el Lord-Canciller, y en la biblioteca de este

viejo guardián de las tradiciones inglesas se encontró un ejemplar de *Ulysses*, que fué vendido en subasta pública sin que la censura interviniera para nada. El editor se decidió entonces a lanzar a la venta una edición de tiraje limitado, que se ha agotado o poco menos sin mayor esfuerzo. Animado por el éxito publicará en la estación próxima una edición popular a bajo precio.

Esta breve historia muestra claramente la derrota de cierta Inglaterra victoriana y puritana y consagra el triunfo en Gran Bretaña de la libertad del artista.

(De *Le Mois*, París, Sept.-Oct. 1937).

★

LA ÚLTIMA OBRA DE PICASSO. — Es *Guernica*, un cuadro de grandes dimensiones que decora uno de los paneles del Pabellón Español en la Exposición de Artes y Técnicas en París. Los *Cahiers d'Art* (París, núms. 4-5, 1937) consagran diversos estudios y gran número de reproducciones a esta obra dramática del genial pintor. He aquí una glosa de Jean Cassou:

"*Goya resucita en Picasso; pero, al mismo tiempo, Picasso se ha reencarnado en Goya. La casa ha sido reencontrada, junto con el cuerpo y el alma; todo se ha reintegrado, llámese Goya o llámese España. Picasso ha vuelto a su hogar. O son los habitantes los que han reanimado a Picasso. Todo se reduce a una misma cosa que no ha cambiado a través del tiempo. Forman un bloque, un mismo fuego de donde la muerte no puede separar nada y que, bajo varios rostros, en diversas fechas, en diversos lugares presenta un aspecto idéntico. A veces, cuando nos acordamos de haber visto esa cosa en el Prado la llamamos Goya. Cuando la reecontramos sobre el muro del puro, pobre y trágico Pabellón español de 1937 nos acordamos del más glorioso pintor contemporáneo y le llamamos Picasso. Cuando la leemos en los diarios y pensamos en una tierra sangrienta la llamamos España. Y todo esto es siempre una misma destrucción constantemente resucitada. Es la ruina de San Antonio de la Florida y es Guernica. Los nombres — ¡y qué nombres, los más ardientes del mundo! — se acumulan sobre esta pintura que hasta ahora se había rehusado a toda significación. Pero ahora desborda de plenitud y presencia, de signos y gritos. Esta obra expresa nuestra tragedia más íntima, aquella que compartimos más vivamente. El genio ha hablado".*

★

D'ANNUNZIO VISTO POR JULIEN BENDA. — Bajo el título de *Un regulier dans le siècle* continúa Benda la publicación de su autobiografía (*Nouvelle Revue Française*, París, octubre) iniciada en *La jeunesse d'un clerc*. Junto a las reflexiones filosó-

ficas no faltan los perfiles intencionales y las anécdotas. He aquí una silueta de D' Annunzio, hace años, en sus días de apogeo:

“Había en él dos personajes; por una parte, el hombre representando que ejercitaba su oficio a conciencia; por otra, el hombre de intimidad quien comprendía que su histrionismo no iba con algunos y rectificaba, haciéndose sencillo y encantador. Con todo, a veces era una estatua de la “pose”. Un día en que comía en casa de unos ricos banqueros, le preguntaron qué pensaba del amor. “¿El amor?” — replicó malhumorado y agresivo —: silencio y actos”. Y se hundió en el plato. En otra ocasión le pidieron su opinión sobre Fogazzaro. “Fogazzaro — replicó, sin pestañear — habita en Vicenza”.

“Un día asistí a una comida que reunía a D' Annunzio y a la condesa de Noailles. Esta había resuelto que la atención de la asamblea había de ser para ella y que el extranjero sólo sería un comparsa. Tras algunos murmullos, los asistentes expresaron netamente que ellos deseaban oír al gran hombre y que la Condesa debía volver a la fila, lo que ella hizo sin ningún entusiasmo”.



REALISMO Y SUPERREALISMO. — La nueva revista inglesa *Arena* (Londres, octubre-diciembre 1937) ha consagrado su último número a examinar los problemas del arte en relación con las nuevas tendencias sociales. Del importante artículo editorial extraemos los siguientes párrafos:

El peligro del realismo socialista, tanto como el del naturalismo reside en suponer que no hay otra realidad excepto la realidad material del mundo en que nos movemos. La aplicación dogmática de este principio nos lleva, como ha llevado a Rusia, hacia un completo empobrecimiento del arte. Nos lleva hacia un deliberado intento de imponer una actitud preconcebida en la experiencia del artista. Toda cosa que no se ajuste a esta idea es brutalmente suprimida. Ello significa que el total desarrollo de la literatura moderna está tratado no sólo parcial e incompletamente, sino como una equivocación, y sus indudables descubrimientos despiadadamente descartados. Esta pobreza de miras sugiere que debe haber algún equívoco respecto al programa de reconstrucción en nombre del cual ha sido elaborado. Y, en efecto, una incompleta concepción del significado de términos como “clase” y “equidad social”, un error al creer que los cambios sociales y económicos están condicionados por algo ajeno a ellos, lleva, en la práctica, a la suposición de que todos nuestros problemas pueden resolverse por una simple evasiva económica y social. El superrealismo, sea como fuere, desde un punto de vista teórico, constituye, en este punto, un importante desafío frente a la arrogación fundamental del marxismo ortodoxo. Para el superrealista apreciar la realidad material es solamente un aspecto de lo real, y sus experimentos justifican la aseveración de que hay otros aspectos que, sea cual fuere la inclinación de uno, no pueden ser descuidados o suprimidos. Llevado a su con-

clusión lógica, el realismo socialista significa un retorno a la más primitiva mentalidad en lugar de ser un avanzado progreso que pudiera permitir incorporar los descubrimientos de los escritores modernos a su apropiado sistema y vistos en su verdadera perspectiva. También en esto el superrealismo marca una contribución importante. Porque ve que el "nuevo orden" debe ser metafísico y no solamente económico; que debemos comenzar, en vez de terminar, con un cambio en el propio hombre. Pues lo que necesitamos es, ante todo, una revolución espiritual que producirá la revolución social. Aunque el superrealista no sea más capaz de llevarla a cabo que el marxista ortodoxo, él no deja de reconocer la necesidad".



GRANDES ESCRITORES, BUENOS Y MALOS ALUMNOS. — Es el caso de Giraudoux por un lado, de Valéry y Cocteau, por otro. Entrevistado por un repórter (*Les Nouvelles Littéraires*, París, 9 octubre) sobre si los estudios escolares habían influido en sus respectivas vocaciones literarias, el autor de *Le cimetière marin* ha respondido:

—“Fué una influencia negativa. He sido un malísimo alumno. Mis profesores se desesperaron al verme aplazado en el bachillerato. Esto era contrario a sus previsiones”.

Justa compensación de las cosas — comenta el periodista —. Hoy los profesores someten a sus alumnos los textos de Paul Valéry para estudiarlos, analizarlos y comentarlos.

Cocteau, a su vez, replica:

—“¿El colegio? Siempre fuí un mal alumno. Me expulsaron de todos. Por lo demás, hoy lo siento porque esto es, para los jóvenes, un mal ejemplo.

Por el contrario, el novelista de Bella, afirma que debe mucho a sus estudios de juventud.

—Enormemente — agrega —. Sobre todo a los estudios clásicos. Tuve profesores que eran extraordinarios, y que me orientaron hacia las letras, pues en principio yo estaba destinado a la Politécnica. Mi “*Simon le pathétique*” es, en cierto modo, la epopeya del colegial estudioso.



EL CRISTIANISMO Y LA REVOLUCIÓN. — Nicolás Berdiaeff el gran filósofo cristiano, publicó, con el título del epígrafe (*Luminar*, número 2, México,) un agudo ensayo del que transcribimos lo siguiente:

“Las revoluciones tienen, por lo general, carácter antirreligioso y anticristiano. Niegan a Dios, niegan el espíritu, niegan el supremo sentido de la vida. Así fué la revolución francesa, aunque en realidad se manifestaba más en contra de la Iglesia

Católica que de la fe de Dios. Así fué, en mayor grado, la revolución rusa. Y de esto nace la suposición de que los cristianos deben negar la revolución, no reconocer en ella ninguna verdad, ponerse de parte de la contrarrevolución. Pero se puede preguntar si las antiguas sociedades y países que se llamaron a sí mismos cristianos han sido verdaderamente cristianos. Yo creo que es imposible y repugnante suponer que el General Franco es el representante de Cristo, en lucha contra el Anticristo. Los cristianos no deben ser presumidos. La realización de la verdad cristiana en la vida ofrece mucho, infinitamente más. Es risible hablar del carácter cristiano de las sociedades y países, de los tipos de civilización que se están derrumbando y acabando ahora, en la actual revolución mundial. Los cristianos se están rezagando demasiado y la iniciativa ha caído de sus manos. Sólo en la Edad Media los cristianos tenían en sus manos la iniciativa, pero en los siglos de la historia moderna los cristianos han mostrado un conformismo muy vergonzoso, santificando la mentira cualquiera que ella sea. ¡Cuántas mentiras han santificado los cristianos en la historia: la esclavitud, el feudalismo, el poder despótico, el capitalismo, la explotación de los hombres, el oscurantismo, la negación de la ciencia y la cultura! Los cristianos no han debido permitir que los ateos pretendan realizar la verdad social. Y el único modo de no permitirlo es que los cristianos mismos realicen la verdad social, pero sin odio ni venganza, sin destrucción de los valores espirituales. Los cristianos no han probado hacer esto, y ahora están pagando por ello. En Europa, los cristianos están pagando por el pasado del catolicismo. En Rusia, por el pasado de la religión ortodoxa. Esto no disculpa ni santifica a los que se han hecho vengadores y verdugos, pero sí les quita, a los cristianos que son culpables de haber producido a los vengadores y verdugos, el derecho a juzgar. En México, cerca del 65 por ciento de las tierras ha pertenecido a la Iglesia Católica, y el protestantismo estaba apareciendo en forma de capitalismo americano. A la vista de los actuales acontecimientos, los cristianos deben no sólo juzgar y formular juicios, sino, antes que todo, pedir perdón y reconocer sus pecados y culpas”.



AVENTURAS EN NUMEROLANDIA. — Este es el título de una muy curiosa conferencia pronunciada en la Habana, por el intelectual mexicano Alfonso Cravioto, embajador de su país en Cuba. Véanse, como ejemplo, estas visiones de los números:

“He aquí pues el 0 con su monóculo inconfundible y su ventanín de camarote por donde a veces nos asomamos absurdamente a la nada. El 1: es el amor y la afinidad, el milagro de la fusión de varias cosas en una, y por eso es la unidad creadora y expansiva, que levanta en alto el anzuelo de su hechizo, el arpón de su pararrayos contra los escepticismos y su gancho taumaturgo con el que están tejidas todas las cosas. El 2 es la poesía que echa a bogar el cisne de su ensueño. El 3 tiene frivolidad de serpentina y peligros sinuosos de serpiente tentadora. El 4 es la

meditación que apoya su cabeza invisible sobre el ángulo del brazo. El 5 es la ple-garia que va a hincarse, tendiendo al altar los brazos implorantes. El 6 parece un satisfecho que luce su vientre categórico. El 7 es el ideal enflaquecido que des-pliega su bandera o la guerra que apunta su fusil. El 8 nos trae la alegría de su guitarra zalamera o el sonido romántico de su violoncello. El 9 es un supergenio de abultada cabeza y cuerpo desmedrado. Como ustedes ven, estas personillas son poco fotogénicas; probablemente no alcanzarán contratos para el cine; y sin embargo, dicen tales cosas que bien merecerían una difusión extensa”.



EL HOMBRE INMUNE. — Juan Ramón Jiménez, el gran poeta español, ahora viajero por tierras de América, traza (*Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, 2 octubre) el siguiente esbozo — poético antes que posible, como se verá — de un tipo de hombre nuevo, que llama “inmune”:

“El verdadero hombre, es decir el trabajador verdadero, material o intelectual, no podrá nunca soportar dictaduras de castillo ni de plaza, cadena de oro ni de hierro, en lo vocativo.

“El hombre tristemente mecanizado, diente de los engranajes babilónicos, debe recobrar del progreso, con o contra el progreso y por su propia rueda, su lógico tamaño, su fuerza misma, su auténtica individualidad. Lo social no puede ser una enfermedad para el hombre, como lo es ahora, sino una inmunidad. Sin su aliento, su proporción, su libertad nada puede, aunque parezca que puede mucho, el hombre.

“El estado normal, justo, efectivo del progreso general es aquel en que todos seamos “aristócratas”, digo “sencillos seres de profundo cultivo interior”; aquél en cuya raya el hombre no parezca, no puede parecer pequeño, cansado ni preso”.



LOS DERECHOS DE LA MUJER Y EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA MEXICANA. — En un discurso pronunciado por el Sr. Cárdenas, ante la Cámara de Diputados de su país, el primer mandatario mexicano hizo una defensa de los derechos de la mujer en los siguientes términos:

“Debo también hablar ante Vuestra Honorable Representación sobre la necesidad que existe de que se reforme el Código del país en la forma más adecuada para, que la mujer, mitad integral de la sociedad mexicana y de la ciudadanía, sea rehabilitada como es debido y como conviene a la dignidad de un pueblo que ha enarbolado la bandera de reivindicaciones en que están inscritos todos los derechos y que, sin embargo, deja y permite que las leyes coloquen a la mujer en un plano

politico de inferioridad, al rehusarle el más trascendental de los derechos cívicos: el del voto”.

Dijo más adelante:

“Mientras los detractores de su capacidad la califican como ignorante, como im-preparada e inconsciente para decidir las contiendas democráticas y colaborar en los problemas de carácter público, se olvidan de que la mujer y el hombre en nuestro país, han adolecido paralelamente de la misma deficiencia de educación, de la misma falta de instrucción y de cultura y de que el hombre no ha tenido la misma tolerancia, para juzgarla, que tuvo para juzgarse a sí mismo, cuando se reservó derechos y prerrogativas que no se justifican”.

Y concluyó:

“Por esto es que el Ejecutivo Federal considera como justa reparación la rehabilitación integral de la mujer y su elevación al plano de equidad del hombre y es por ello que someto a vuestra consideración las reformas de ley que este paso amerita”.

I N D I C E

	Pág.
Sovietismo, por <i>Bernard Shaw</i>	7
Día, por <i>Gabriela Mistral</i>	38
Ictiosauros y editores clandestinos. Urgencia de una re- tificación moral, por <i>José Ortega y Gasset</i>	40
El poeta y el esquizofrénico — La conciencia vergonzosa del poeta (II), por <i>Benjamin Fondane</i>	41
El cuaderno, por <i>Silvina Ocampo</i>	62

NOTAS

Plagas. La langosta y los “gangsters” de las ediciones clandestinas, por <i>Victoria Ocampo</i>	68
LETRAS HISPANOAMERICANAS: “Historia de una pasión argentina”, por <i>B. Canal Feijóo</i>	74
CUESTIONES CIENTÍFICAS DE NUESTRO TIEMPO: Nuevos derro- teros, por <i>José Babini</i>	82
“Asuntos humanos”, por <i>I. U.</i>	87
CRÍTICA DE ARTE: Las exposiciones del mes, por <i>Attilio Rossi</i>	88
CINE: “De regreso”, por <i>Jorge Luis Borges</i>	92
MÚSICA: La “Sinfonía Argentina” de Juan José Castro, por <i>Ivy Herczegh Konjovich</i>	93
CALENDARIO: (Revista de temas del mes)	96

Todos los materiales han sido exclusivamente escritos para SUR. Queda prohibido reproducir íntegra o fragmentariamente cualquiera de ellos sin autorización especial o sin mencionar su procedencia.

Todas las colaboraciones que no llevan al pie indicación alguna respecto al lugar de donde proceden, han sido escritas en Buenos Aires.

Los originales deben ser enviados a la Dirección: Viamonte 548.

No se aceptan colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellas.

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 037921

Título de marca N° 159.486.

ESTE TRIGÉSIMO OCTAVO NÚMERO DE "SUR"
ACABÓSE DE IMPRIMIR EL DÍA TREINTA
DE NOVIEMBRE DE MIL NOVECIENTOS
TREINTA Y SIETE, EN LA IM-
PRENTA LÓPEZ, PERÚ 666,
BUENOS AIRES

